

EL  
MUNDO EN LA MANO

VIAJE PINTORESCO

A LAS

CINCO PARTES DEL MUNDO

POR LOS MAS CELEBRES VIAJEROS

MAGNÍFICA Y PROFUSA ILUSTRACION DE GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

Y LÁMINAS APARTE



—  
TOMO TERCERO  
—

BARCELONA

—  
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE CASANOVA, NÚMERO 8, ENSANCHE

1878





Un bungalów en Mazagan, arrabal de Bombay

## LA INDIA DE LOS RAJAS

VIAJE POR LOS REINOS DE LA INDIA CENTRAL Y LA PRESIDENCIA DE BENGALA



— POR M. LUIS ROUSSELET

### PREFACIO

En el mes de julio de 1864, un vapor inglés de la línea de Suez me desembarcó en Bombay.

Era mi proyecto visitar toda la region septentrional de la India, que comprende, además de la Presidencia inglesa de Bengala, los Estados feudatarios de Rajasthan, de Bundelcund, de Pandjab y el reino de Nepal.

Esta vasta region forma un paralelógramo, limitado al norte por el Himalaya, al sur por los Vindhya y el rio Nerbudda, al este por el Brahmaputra, y al oeste por el Sindh ó Indo. La superficie de este magnífico país equivale á la de la Europa occidental, Italia, España, Francia y las islas Británicas.

Ninguna otra region del mundo tiene límites mejor marcados por la naturaleza; ninguna hay tan bien bañada por grandes y pequeños rios; ninguna es mas fértil ni disfruta de un clima tan excelente.

Este es el país que se disputaron sucesivamente las razas invasoras, arias, griegos, mogoles

y tártaros; aquí es donde se desarrolló esa civilización que ha difundido sus resplandores sobre el resto del mundo. Cuna de todas las religiones conocidas, de las bellas artes y de las ciencias asiáticas, esta es la India ilustrada por los Mauryas, los Tuars, los Choans y los Timurides, las mas grandes dinastias del mundo. Solo aquí fué donde los últimos representantes de las razas indas conservaron un resto de su antiguo predominio, y donde volvemos á ver reinos fundados antes de nuestra era, gobernados por descendientes de Rama, regidos por instituciones mas

(1) Al *Viaje del Principe de Gales á la India*, cuya publicación tenemos anunciada á nuestros suscritores, hemos creído conveniente, y hasta necesario, anteponer el interesantísimo y curioso relato que, con el título de *la India de los Rajás*, ha escrito el conocido viajero Mr. Rousselet, quien habiendo empleado cuatro años en su excursión por la India, ha podido recoger los mas curiosos datos acerca de su historia, de sus preciosos monumentos, y de los usos y costumbres de las razas que pueblan aquel vasto país. De este modo podremos ofrecer á nuestros suscritores un *Viaje á la India* el mas completo y rico en detalles que se ha publicado hasta aquí.



zaron las acciones una prima de 75000 francos, la especulacion no reconoció ya límites. Estableciéronse sociedades con capitales extravagantes; se instituyeron mas de sesenta bancos; pero todo esto sobre papel, y solo con el afan de inscribir un nombre pomposo en algun boletin; la cosa se convirtió en un juego, y todo el mundo tomó parte en él. Las mismas damas, sentadas en sus coches, á la orilla del mar, hablaban calurosamente sobre las fluctuaciones de la bolsa; y hasta los criados exponian su salario, y los obreros su jornal en aquella ruleta insaciable y devoradora. De repente llegaron á Bombay las noticias de los desastres de Lee; los bancos se cerraron, y la ruina fué general, tanto que el mismo banco de Bombay hubo de suspender sus pagos.

La isla se recobró lenta y penosamente de aquella espantosa crisis, y hoy aspira de nuevo, pero con mas prudencia, á ser otra vez la metrópoli comercial de la India.

## II

### EL KONKAN Y LOS GHATES

El archipiélago de Bombay.—Callyan y el templo de Ambernauth.—La travesía de los Ghates.—El *sanitarium* de Matheran.—Khandallah.—El templo de Karli.

Por fin se aclaró el cielo; á las violentas ráfagas del monzon sucedieron las suaves brisas del nordeste, y en los primeros dias de octubre pude prepararme á comenzar mis exploraciones.

Mi primera diligencia fué visitar minuciosamente el archipiélago de Bombay, en el cual se puede reconocer sin dificultad la *Heptanesia* del geógrafo Arriano, y que parece haber contenido una poblacion civilizada desde la mas remota antigüedad. Este grupo se compone de una docena de islas, entre las que figuran como principales las siguientes: Sachthi, Garapouri ó Elefanta, Dravi, Bassein, Versova, Trombay y Bombay. El nombre de esta última, que segun algunos etimologistas se deriva del portugués, Boa-Bahia, viene de Bomba, uno de los nombres de la diosa Mamba-Devi, á la cual se dedicó la isla. Dos de ellas, Sachthi y Elefanta, han conservado preciosos recuerdos de las remotas edades. Yo permaneci mas de un mes en estas islas, visitando detenidamente los diez ó doce grupos de templos subterráneos que allí existen, y algunos de los cuales, casi desconocidos, me interesaron mucho. Mientras estuve en los salvajes valles de la primera de dichas islas, donde bajo una ligera tienda arrostraba los insanos calores de octubre, ó perseguía á los habitantes de la selva, cometi

una imprudencia tras otra; y al volver á Bombay era presa de una ardiente fiebre que me puso al borde de la tumba. Habia sido víctima de ese viento glacial, cargado de miasmas pestilentes, llamado por los ingleses *land wind* (viento de tierra), cuyos efectos son tan terribles, que antes de introducirse la quina diezaba anualmente la poblacion europea de Bombay: este viento sopla á la caída de la tarde durante los meses de octubre y de noviembre.

Hasta principios de diciembre no me recobré del todo de mi violento ataque de fiebre; y temiendo una recaída, resolví emprender una rápida excursion por el Kandeich antes de entrar en el Rajputana, excursion que me ofrecia una doble ventaja, pues acabaria de aclimatarme en un país donde las comunicaciones son aun fáciles, y me era dado visitar todos los monumentos subterráneos de Karli, de Elora y de Adjuntah.

El dia 10 tomé asiento en el tren del camino de hierro *Great Indian Peninsular*, que enlazaba á Bombay con el Dekkan, y que ahora le une con Calcuta: al salir de la isla atraviesa por Salsette y desemboca en el continente frente á Tannah.

La faja de terreno estrechada entre la vertiente occidental de los Ghates y el mar no tiene en este punto mas de cincuenta kilómetros de anchura, y constituye la parte sur de Konkan, uno de los países mas hermosos, pero menos productivos de toda la India. Las ramificaciones de los Ghates se extienden hasta el mar, determinando así pequeños valles cubiertos de una magnífica vegetacion natural, pero poco apropiados para la agricultura. El que costea la línea férrea es uno de los mas notables; numerosos arrozales se corren hasta la orilla del bonito rio Oulas, y los pueblos, aunque de mísera construccion, son grandes y están graciosamente situados cerca de los bosques de cocoteros ó en montecillos de poca altura. El Oulas, principal rio del país, cuyo delta está formado por el archipiélago de Bombay, es navegable en un corto trayecto por barcas de escaso tonelaje. En su orilla se eleva Callyan, antigua capital del Konkan, que durante largo tiempo fué uno de los primeros puertos comerciales de aquella costa, y tuvo probablemente relaciones continuadas con los griegos. La gran dinastía inda de los Solanki la elevó á un grado de esplendor y celebridad de que ha conservado el recuerdo la tradicion. Sus palacios y monumentos fueron cantados por los poetas, y uno de estos últimos dice en el *Ratan-Mala*, gran poema del sétimo siglo: «El sol pasa alternativamente seis meses del año en el Norte y seis en el Sur, solo para que se pueda comparar la maravillosa capital de Ceilan con la soberbia



ciudad de Callyan.» Muy poco queda de tantas grandezas en la famosa ciudad, reducida ahora á la categoría de cabeza de distrito de una provincia inglesa; sus bazares, estrechos y tortuosos, no ofrecen interés; pero sus alrededores están cubiertos de ruinas de palacios y de templos de remota antigüedad, dignos de la exploración de los arqueólogos.

Yo me detuve algunos días para visitar todos

aquellos monumentos: uno de los mas curiosos es el gran templo de Ambernauth, imponente aun, aunque casi del todo ruinoso; el exterior presenta minuciosas esculturas ejecutadas con esa delicadeza propia de los indos en todas sus obras maestras, y en uno de los lados hay dos elegantes columnas que sostienen un bonito pórtico. Ninguna descripción bastaria para dar una idea de toda la belleza de un estilo que en nada



Baroda

se parece al conocido en Europa; solo con el grabado á la vista seria dado apreciar la delicadeza y el ingenio en el trabajo y la inventiva que desplegó el escultor en su obra.

Los alrededores están materialmente obstruidos por piedras esculpidas, bajos relieves ó trozos de columnas medio ocultos en las altas yerbas; habria allí lo suficiente para formar todo un museo de antigüedades indas.

El día 15 salí de Callyan para la estación de Narel, el punto mas próximo al famoso *sanitarium* de Matheran. Casi todas las enfermedades propias del clima de la India ceden por lo regular á un cambio de temperatura, y sobre todo al aire fresco de las mesetas de los Ghates, que se elevan aquí á unos setecientos metros.

En Matheran se han edificado varios cuarteles para los soldados enfermos de la guarnición de Bombay, y todos los comerciantes y personas acomodadas tienen allí preciosas quintas, donde sus familias pasan la estación desfavorable, y todos los días de fiesta en el resto del año. En Narel se encuentran palanquines ó *tatús*, caba-

llitos del país que conducen al viajero á las alturas del Matheran.

Desde este último punto me dirigí á Kampouli, situado en la falda de los Ghates, para franquear el desfiladero de Bhole Ghat. Merced á unos trabajos gigantescos, la línea férrea llega directamente desde Bombay á Pounah, franquea las montañas por rampas y las atraviesa por túneles; pero en un pequeño espacio de la vía es necesario emplear el antiguo sistema de locomoción. En Kampouli se buscaron palanquines y portadores para llegar á la estación de Khandallah, situada en la cima de la montaña. Los Ghates son los rebordes de la gran meseta del Dekkan y solo tienen por lo tanto una brusca vertiente en el lado del oeste: su nombre se deriva de la palabra inda *ghat*, ó muelle. Estas montañas forman á lo largo del mar como un muro continuado, presentando á largos intervalos unos desfiladeros que los indos llaman *amphighats* (escaleras que conducen á la orilla). El pueblo de Kampouli está graciosamente situado en una pequeña altura, á la entrada de un vasto



circo por cuyos flancos perpendiculares se precipitan en el valle numerosas cascadas; las colinas están cubiertas de juncales, y en una de ellas elevase un bonito templo indio con su alta flecha puntiaguda y sus pórticos de columnas.

El camino serpentea por detrás de la montaña, y la caravana de palanquines, donde van todos los viajeros del tren, se desarrolla como una larga serpiente por el borde de los precipicios; la noche nos sorprende á media altura y comiézase á sentir el fresco. La prolongada línea de palanquines, escoltada por los portadores que nos alumbran con hachas, aparece y desaparece en medio de los bosques y de las rocas; la luz de la luna se desliza á través del ramaje, y los hombres entonan un canto lento y monótono, aunque bastante original. Quien no ha viajado por las regiones tropicales no puede formarse una idea de la magnificencia de semejante noche. Mis portadores me depositaron delante del *bungalow* de Khandallah, donde despues de haber gritado y llamado á la puerta largo rato, obtuve por fin una mezquina cena y no mejor lecho.

El *bungalow* de Khandallah es uno de los pocos que han sobrevivido al establecimiento de la línea férrea en el Bore-Ghat, y lo debe á su admirable posición. Asentado en el borde extremo de la meseta, domina un barranco profundo, cuyos precipicios, cortados á pico, se pierden en inmensos bosques; en uno de los lados elevase una alta montaña, que simula con singular perfección una fortaleza; y en el otro salta una magnífica cascada desde una altura de trescientos piés, precipitándose con estrépito en el valle. El *bungalow* está siempre ocupado por viajeros, á quienes atrae aquel vistoso panorama, y por lo mismo es muy difícil encontrar habitación. A milla y media, poco mas ó menos, hay un *sanitarium* con cuarteles ingleses y numerosas quintas, pues el aire de aquella meseta es mas salubre aun que el de Matheran, á causa del desmonte practicado en los alrededores.

Por una feliz casualidad encontré á un ingeniero de la vía férrea, que habia ido á inspeccionar las reparaciones, y no solo me proporcionó interesantes datos, sino que tuvo la galantería de acompañarme á visitar toda la línea de los Ghates. Los trabajos ejecutados en el camino de hierro para franquear aquellas montañas no ceden la palma á las famosas rampas de Gíovi, tan célebres en Europa, en la vía férrea de Turin á Génova, y desde Sommering á los Alpes austriacos. Ha sido necesario construir ocho viaductos, perforar veinte y dos túneles y hacer terraplenes de cerca de dos millones de metros cúbicos.

A pocas millas del pueblo de Khandallah están

las magníficas cavernas de Karli, de Baire-siah y de Badjah, que constituyen un interesante grupo; su antigüedad se remonta á los siglos que precedieron de cerca á la era cristiana. El gran Maitya de Kardi es el mas hermoso templo-caverna de la India; pero se han hecho tantas descripciones, que no necesito añadir nada (véase el grabado de la pág. 8). Los demás no son tan conocidos, y aunque muy interesantes bajo el punto de vista arqueológico, difieren poco del de Karli.

### III

#### EL DEKKAN OCCIDENTAL

Pounah.—Palacio del Peichwah.—El barrio de Bondhwar.—Los alrededores de Pounah.—Loni.—Ahmednagar.—Aurangabad.—Daulatabad.—Las excavaciones de Elora.—Los templos de Adjuntah.

Desde Khandallah á Pounah, capital del Dekkan occidental, se atraviesan vastas llanuras desnudas y áridas, limitadas por montañas de poca elevación. El aspecto general del país ofrece un contraste singular con los ricos y verdes valles del Konkan, y si es menos pintoresco, está en cambio mejor cultivado. Despues de haber pasado por la importante estación militar de Khirki, se llega por fin á Pounah, que aparece graciosamente asentada en las orillas del Mouta, con sus jardines y sus pintorescas casas indas.

Me alojé en un hotel bastante bueno, propiedad de un parsi, situado entre la ciudad y los acantonamientos ingleses. Estos últimos se componen, como casi todos los establecimientos del mismo género, de magníficas casas rodeadas de jardines, situadas en medio de un vasto campo de Marte, donde se hallan tambien los cuarteles. Allí viven todos los europeos residentes en Pounah, en número de doscientos ó trescientos, sin contar los empleados y oficiales.

La ciudad está situada en el centro de una vasta llanura desnuda de árboles, que se corre hasta las azuladas montañas de Sattara. Cada uno de sus siete barrios se designa con el nombre de un día de la semana; cuéntanse algunas calles rectas y anchas; pero las mas son callejuelas y bazares tortuosos. Las casas de las familias ricas, que tienen los cimientos de ladrillo, y los pisos superiores de madera y cal, se distinguen por sus vigas labradas y sus paredes cubiertas de pinturas que representan dioses, elefantes y tigres, pintados con los mas vivos colores. Hay numerosos templos, generalmente pequeños, con esbeltas torrecillas puntiagudas, rodeadas de campanillas que forman un vistoso conjunto.



La poblacion es casi toda inda; y por lo mismo siempre se ven por las calles gruesos brahmanes, mendigos religiosos medio desnudos y cubiertos de ceniza, y un considerable número de toros sagrados, que vagan libres por los bazares, comiendo lo que se les antoja en los puestos de los mercaderes, cuando no se echan en medio de la via obstruyendo el paso. En las calles se nota una limpieza que debe avergonzar á los habitantes de la negra ciudad de Bombay, y que se puede atribuir tanto á las costumbres maharatas como á la influencia inglesa.

En algunos barrios se ven aun los palacios de los nobles que formaban la córte del Peichwah; el de este último contiene muchos recuerdos de aquella dinastía de ministros. El guia me enseñó un elegante balcon con pilastras, desde el cual se precipitó Mahadeo, el jóven Peichwah, en 1797. Habiéndole reprendido su primer ministro, Nana Farnavese, ante una asamblea general de nobles y de jefes maharatas, el príncipe, herido en su dignidad, se precipitó desde el terrado y murió á consecuencia de la caída.

El interior del palacio no tiene nada de notable; los patios, muy grandes, están desiertos; las habitaciones, completamente desnudas y sin pinturas de ninguna especie, carecen de esa animacion y belleza que distinguen á las residencias reales de la India; pero en cambio, cada sala, cada corredor tiene su historia de muerte ó de violencia.

Habiendo usurpado los mismos [Peichwahs] el trono á los rajás maharatas, de quienes eran ministros, fueron á su vez víctimas de la ambicion de los scindiahs, de los holkars y de los ingleses; y desde su elevacion al poder, hácia 1720, hasta su caída en 1818, época en que fué destronado el último, pasando el territorio á poder de los ingleses, su historia no ha sido mas que una série de luchas y de desórdenes. Algunas de las antiguas casas nobles comunican cierto aspecto de la edad media al barrio de Boudhwar, ó Miércoles: las grandes puertas de pesadas hojas, las ventanas con troneras, y los gruesos muros coronados de almenas, recuerdan las construcciones de la nobleza europea en los siglos xiv ó xv, pero las mas han sido abandonadas y amenazan ruina.

Al oeste de Pounah se eleva la colina de Parvati, cubierta de templos y dominando el magnífico Jardin de los Diamantes (Hira-Baugh), en otro tiempo residencia favorita de los Peichwahs. Ahí, á orillas de un magnífico estanque, elévase todavía uno de sus palacios de verano, elegante pabellon con columnas, medio oculto en un bosquecillo: las habitaciones están muy bien ador-

nadas; las cornisas y los techos tienen pinturas que representan flores y frutas; los balcones desaparecen casi entre el follaje de los árboles, y una escalinata conduce al estanque, en cuyas orillas cubiertas de sombra, hay muchos kioscos y capillas. Una rampa conduce á la cima de Parvati, hasta el famoso templo de esta diosa, que contiene, entre otras curiosidades, un ídolo de plata maciza, representando á Siva, quien tiene sobre sus rodillas las estatuas mas pequeñas de Parvati y Ganesa, ambas de oro puro. Preténdese que tienen por ojos grandes diamantes.

Uno de los puntos mas pintorescos de Pounah es el Sangam, confluente del Mouta: es el lugar donde los indos queman sus muertos; las orillas de ambos rios están ocupadas por cenotafios y kioscos, monumentos puramente conmemorativos, puesto que ninguno encierra cenizas; ofrecen un aspecto alegre y risueño, que concuerda muy bien con las ideas de los indos, segun las cuales no es la muerte mas que un feliz tránsito de esta vida á otra mejor. Ligeras cúpulas, sostenidas por algunas esbeltas columnas, sombrean una plataforma en cuyo centro están grabadas sobre una piedra las huellas del difunto y una corta inscripcion. Por la tarde se reúnen los amigos y parientes en aquellos pequeños pabellones, para aspirar el aire fresco del rio, admirando el panorama de la ciudad, cuyos bazares y jardines se extienden hasta la colina de Parvati.

Aunque Pounah se halle hoy dia en poder de los ingleses, los maharatas le consideran aun como la capital de su país, y los mas ricos de ellos vuelven con frecuencia para disfrutar de lo que ganaron en otra parte con el comercio. La meseta occidental del Dekkan, comprendido el Kandeich y Guzarate, es la cuna de esta raza, tan poderosa en los últimos siglos. Invadido muy pronto por la raza ariana, su país se designaba ya en tiempo de Cakya Mouni con el nombre de Maha Rachtra, ó el «gran reino.» Sus habitantes, aunque cultivadores los mas, habian sabido conservar todas las prerogativas de la casta guerrera.

El viajero chino Hiouen Thsang, decia en el sétimo siglo al hablar de ellos: «Aprecian el honor y el deber, y desdeñan la muerte.... Su rey tiene ideas belicosas, y busca ante todo la gloria de las armas; alimenta á varios miles de hombres valerosos, y á centenares de elefantes salvajes.» Parece que eran tambien célebres por su caballería. Subyugados por los musulmanes, levantáronse á fines del siglo xvi, atacaron al imperio de los mogoles, y victoriosos en todas partes, invadieron la India, apoderándose de sus tesoros. Delhi les pertenece, y fueron un ins-



tante dueños de todo el país comprendido entre los Himalayas y el Krichnah. Entonces estallaron las disensiones entre estos nuevos monarcas, y los ingleses se aprovecharon de ellas, anexionando casi todo el Maha Rachtra al territorio de la Compañía de las Indias. La nobleza se expatrió y fué á buscar un refugio en las córtes de estos reyes. Allí es donde se pueden estudiar las costumbres y cualidades militares que hicieron triunfar á esos *cosacos de la India*. En cuanto á



Baniano de Surate

los campesinos maharatas, se pueden estudiar en todos los pueblos del país. Son generalmente de mediana estatura, pero robustos y fornidos; aliméntanse de granos, de legumbres y de manteca, y á veces de carne de jabalí y de carnero. Su religion les prohíbe las bebidas fuertes; rara vez abusan de ellas, y llegan á una edad muy avanzada: cuéntanse muchos individuos de noventa á cien años.

El clima de Pounah es infinitamente mas agradable que el de Bombay; si el verano es ardiente

y seco, en las demás estaciones refresca mucho la temperatura, gracias á las frecuentes lluvias. El gobernador de la Presidencia suele residir allí con su córte durante varios meses, y su presencia comunica á la ciudad una animacion y alegría que desaparecen entonces de la capital.

No permaneci en Pounah mas de una semana, durante la cual me ocupé en organizar mi viaje á las cavernas de Elora y Adjuntah. En la mañana del 14 de enero de 1865 emprendi la marcha con mi caravana; todos mis hombres parecian



muy satisfechos de comenzar una vida de continuo movimiento, y caminaban cantando y riendo. Después de haber recorrido veinte y cuatro kilómetros por un camino bastante bueno, en el que marchaban los bueyes sin la menor dificultad,

llegamos al primer bungalow, situado cerca del pueblo de Loni, que el autor inglés Mr. Coats ha tomado por tipo de los burgos maharatas. Ocupa un montecillo alto, formado tal vez por la acumulacion de los escombros de varios si-



La guardia real en Baroda.—De un croquis del autor

glos, y domina los jardines y campos. Desde lejos ofrece el aspecto de una masa de muros de barro ruinosos, con algunos árboles achaparrados. En la base del montecillo, una gruesa pared de tierra circuye el pueblo, al que dan entrada dos toscas puertas; lo que parecia ser desde cierta distancia un informe monton de barro, eran las casas de los campesinos, construidas con ladrillos secados al sol, y de tejado de rastrojo, de forma aplanada.

El 16 al amanecer llegué á Ahmednagar; las murallas y las torres de una fortaleza protejen á esta ciudad populosa y comerciante, que ofrece cierto interés por el estilo semi-indo y á la vez algo rústico de sus casas y bazares. En las afueras hay una gran estacion militar inglesa, cuyos jardines y árboles forman un oasis en medio de la árida llanura. Enseñáronme allí el sitio donde se fundió el cañon mónstruo de Bijapore, que

segun los indos, lanzaba una bala á treinta kilómetros de distancia.

Rara vez he visto un país mas insípido que el que atravesamos mas allá de Ahmednagar; no se ven sino campos de algodón, varios árboles raquíticos y alguna montaña azul en el horizonte. El Godavery baña este inmenso valle; pero en la presente estacion se halla seco, y su lecho, de mas de una milla de anchura, no es mas que una sábana de arena fina y guijarros.

En la mañana del 20 percibi al fin con alegría los minaretes de Aurungabad; esta ciudad aparece con toda la belleza que distingue á todas las ciudades de Asia; sus murallas, guarnecidas de torres redondas, están cubiertas de una cúpula de follaje, sobre la cual se elevan las flechas graciosas de las mezquitas y los altos terrados de los palacios.

Aurungabad contiene hoy mas vastos edificios



ruinosos y jardines que casas habitadas. El emperador Aurangzeb, que sustituyó el antiguo nombre indo Kirki por el que tiene ahora la ciudad, fijó allí su corte, promoviendo su pasajero esplendor. Hoy se vá reformando merced á los cuidados de los ingleses, quienes administran el país por cuenta del Nizam de Hyderabad. Los nuevos bazares, bastante espaciosos, están bien alineados, y las casas llaman la atención por su elegante estilo. Allí se promueve un importante comercio de sedas y brocados indígenas, y también de exquisitos frutos que se exportan hasta Bombay. El antiguo palacio del emperador, situado á orillas del Doudhua, es una vasta ruina que jamás tuvo nada de notable. Debe advertirse que Aurangzeb es el único de los Grandes Mogoles que despreció las bellas artes, no habiéndonos legado ningun monumento comparable á los que erigieron sus predecesores.

Cerca del palacio está la tumba de Rabia Dou-rani, para la cual quiso construir Aurangzeb, singularizándose en esto, un elegante mausoleo, tan magnífico como el Taj de Agra, elevado por su padre. La tumba se redujo á una mala copia; pero impresiona á quien no ha visto el maravilloso modelo.

A corta distancia de la ciudad, en medio de un bonito estanque de agua, hay otro mausoleo notable que contiene las reliquias del famoso santo mahometano Shah Soufi. Todos los años visitan esta tumba muchos peregrinos del Dekkan, que van en busca de la cura de sus enfermedades ó de la absolución de sus pecados. El clima de Aurangabad tiene fama de ser delicioso; las fiebres escasean y no se conoce el cólera: la ciudad se halla á quinientos ó seiscientos metros sobre el nivel del mar; durante el invierno, algo frío, la temperatura media es de diez y ocho grados.

A tres ó cuatro leguas hácia el Norte, hay una enorme masa cónica de granito de unos ochenta metros de altura, que sirve de base á una de las mas famosas fortalezas de la India, Daoulutabad, la «Mansion de la fortuna.» Completamente aislada en medio del llano debió llamar muy pronto la atención de las razas guerreras que dominaban en el país; y en su base se erigió una gran ciudad, en la que algunos sábios han creído reconocer la célebre Tagara de los griegos. Mas tarde la designaron con el nombre de Deogurh, ó «Morada de Dios,» y llegó ser capital de los reyes del Dekkan. El emperador Alá Oudin se apoderó de ella en 1294, y uno de sus sucesores, Mahomet Togluék, admirado de la posición inexpugnable del fuerte, quiso convertirle en capital del Indostan. En su consecuencia obligó á los habitantes de Delhy á abandonar su ciudad y á

trasladarse, en número de mas de sesenta mil á Daoulutabad. Hoy día no es mas que un burgo insignificante.

El camino que conduce á la cima de la colina consiste en una larga galería practicada en la roca, y no recibe el aire y la luz mas que por unas claraboyas. Se sube por una suave pendiente, pasando por varias rejas, trampas y rastrillos, que sirven para cerrar el paso al que burlase la vigilancia de los centinelas, y á media altura se ha de franquear una escalera muy empinada, que se cierra por medio de una plancha de hierro horizontal con varios agujeros; en tiempo de guerra ponian sobre esta plancha un gran brasero muy encendido, que se alimentaba día y noche. Se ha podido averiguar de una manera segura á qué época se remonta esta maravillosa obra, habiéndose reconocido que es contemporánea de las excavaciones de Elora. Al fin de este camino hay una magnífica puerta sarracena que da sobre la muralla exterior, cuyo grueso es de cinco varas, por diez y seis de altura, y que forma en el reborde de la meseta una circunferencia de mas de una legua. El interior de la fortaleza está dividido en nueve partes por otros tantos recintos concéntricos, los cuales se elevan unos sobre otros hasta el último, que domina á todos.

Solo me separaba ya de Elora una distancia de pocos kilómetros, que debia recorrer por un país muy accidentado. En la mañana del 19 nuestra caravana franqueó la rampa de Pipalghat, obra bastante considerable, llevada á cabo, segun lo indican dos columnas situadas al borde del camino, por un noble de la corte de Aurangzeb. Para complacer el celo fanático de su señor, este cortesano empleaba en tales trabajos los materiales de los templos indos destruidos. Las baldosas que forman el piso de la calzada están cubiertas de esculturas por las cuales se reconoce su procedencia. El camino desemboca en una vasta meseta llena de mausoleos y de tumbas musulmanas, ruinosas las mas, que ocultan sus cúpulas y sus minaretes bajo el follaje de árboles seculares. En la extremidad de la meseta está el pueblo de Ranzah (el Paraiso), al rededor del cual se extiende también un vasto cementerio mahometano; allí está la tumba del emperador Aurangzeb, el mas antiguo monumento que se haya elevado en honor de un Gran Mogol. Encuéntrase asimismo el mausoleo de un santo famoso, Berham Oudin, descendiente del Profeta: las puertas están cubiertas de hojas de plata intercaladas con delicados dibujos.

Las célebres excavaciones de Elora, en la cara occidental de la colina de Rauzal, toman su nom-



bre de un pueblecillo medio oculto entre los árboles al pié de una elevada muralla de roca que forma una enorme media luna. Treinta ó cuarenta subterráneos ó cavernas constituyen el grupo de Elora; allí hay cuatro templos ó *chaityas*, veinticuatro monasterios ó *viharas* budhistas, y también cuevas de estilo jaina.

La gran importancia de Elora proviene de que allí se puede estudiar también la arquitectura subterránea de los indos en trabajos que datan del cuarto al décimo siglo de nuestra era.

Costeando las montañas por delante de las excavaciones se ven templos de una riqueza indescriptible, monasterios de grandiosas proporciones. En todas partes está excavada la roca, presentando estrechas escalerillas; por do quiera forma como unas habitaciones gigantescas donde hay figuras colosales y esfinges. La naturaleza parece haber auxiliado los trabajos del hombre para que sea mayor el efecto fantástico que producen aquellos lugares; ruidosas cascadas se precipitan por delante de los subterráneos; numerosos barrancos cubiertos de maleza surcan la falda de la montaña, y en profundos desfiladeros élévanse árboles seculares. Sin embargo, lo mas maravilloso de Elora es el templo monolítico de Kailas, que en vez de cuevas sombrías y misteriosas, constituye un edificioso grandioso formado en una sola roca, con sus cúpulas, columnas, flechas y obeliscos. En el centro de un inmenso patio está la pagoda principal, adornada de cimbanillos y torres, y cuya altura no baja de treinta metros. Todas sus proporciones son gigantescas, y los ornamentos están en armonía con la grandeza del conjunto; un magnífico pórtico oculta una doble escalera que conduce á una vasta sala, cuya bóveda se halla sostenida por varias series de columnas y á la cual dan las puertas de cinco capillas. Varios balcones con ligeras pilastras tienen vistas al patio; las paredes presentan numerosos bajo-relieves y fantásticos personajes; detrás del templo se ven elefantes y leones que parecen sostener sobre su lomo el edificio entero; unos puentecillos de piedra ponen en comunicacion el pórtico con un elegante pabellon, y á cada lado se eleva un gracioso obelisco.

Al contemplar aquel conjunto magnífico, tan notable por su simetria y su grandeza, preguntase el observador qué genio habria podido concebir y ejecutar un monumento semejante. Una abertura, un filon, un hueco en aquella masa de basalto, habria sido lo suficiente para que no pudiera llevarse á cabo aquella obra gigantesca. El único defecto de este maravilloso templo es su posicion encajonada: no hallando un peñasco

aislado donde pudiesen cincelar su edificio, los arquitectos debieron tallar el flanco mismo de la montaña, formando así un patio de ciento veinticinco metros de longitud por veintidos de anchura, encerrado entre paredes perpendiculares de roca, cuya elevacion pasa en algunos sitios de treinta metros.

Es preciso entrar en el patio para ver bien el conjunto del maravilloso Kailas: largas columnatas guarnecen la base de la escarpadura, encerrando en una serie de esculturas en relieve, la mas magnífica y completa de la India, todos los dioses de la mitología inda. La mayor parte de las estatuas son defectuosas por sus proporciones; pero revelan la grandeza y solemnidad que tanto admiramos en las obras egipcias. Como el estilo de este monumento, único en su género, era seguramente extranjero, creyóse poder atribuir el edificio, con alguna probabilidad, á los principes cholanos del sur de la India, que hácia el siglo IX invadieron el Maha Rachtra, acompañados de las hordas tamules expulsadas en otro tiempo por los arias.

Pasé una semana visitando todas las excavaciones, y despues proseguí mi marcha en direccion á Adjuntah, situado á unos ochenta kilómetros mas allá.

El valle de las grutas se halla á cosa de un kilómetro de la ciudad; un pintoresco sendero conduce á él por un desfiladero muy angosto, estrechado entre montañas y lleno de árboles gigantes. Varios monos saltan de rama en rama; los loros revolotean á orillas del torrente; el precipicio se estrecha cada vez mas hasta Sahkhoun, magnífica cascada que cae de roca en roca desde una altura de cerca de cien metros; en este sitio describe súbitamente el barranco una curva á la derecha, y en la alta muralla cortada á pico, que da frente al edificio, hállanse las cuevas. En una longitud de quinientos á seiscientos metros se han practicado en la montaña numerosas puertas y galerias que forman una prolongada línea, y que vistas desde cierta elevacion, parecen solo aberturas insignificantes, por mas que sean inmensas. Bajo el punto de vista arqueológico, esta es la mas completa y hermosa serie de grutas puramente budhistas de la India, así como las mas interesantes para el aficionado.

La magnificencia de estos monumentos sobrepaja á cuanto existe en Elora ó en el Konkan: no son ya cavernas toscamente formadas, con estatuas místicas y singulares, sino verdaderos palacios elegantes y adornados con admirables pinturas. Aquellos frescos, que la mano del tiempo respetó, han conservado los mas la viveza primitiva de sus colores, y constituyen un museo com-



pleto, tal vez la primera curiosidad de esa tierra tan rica en recuerdos. Las columnas están adornadas de guirnaldas de flores, de caretas y de dibujos geométricos del mas exquisito gusto; allí se ven rosetones en que los personajes y animales se mezclan con los delicados contornos de los arabescos; las paredes se dividen en cuadros que representan asuntos diversos, tipos, trajes, costumbres de esas épocas remotas; en un sitio se ven religiosos predicando al pueblo, que les escucha con admiracion; en otro príncipes y nobles adorando los emblemas sagrados; aquí procesiones, con el rey á caballo rodeado de su córte y seguido de elefantes, cargados de reliquias, que se dirigen al templo; y mas allá, en fin, combates encarnizados ó plazas asaltadas, en los cuales se representa con una animacion y exactitud admirables la rabia de los sitiados, que precipitan desde la muralla enormes piedras, mientras que los sitiadores hacen uso de sus máquinas de guerra. Junto á estas escenas tumultuosas, y como para formar contraste, hay grupos llenos de gracia y de expresion, que representan la vida privada, grupos que nos revelan todos los secretos del palacio, del harem ó del gineceo, del convento y de las escuelas. Desgraciadamente, esas pinturas no durarán mucho tiempo, pues apenas se desconchan un poco, la humedad desprende la cal y todo desaparece. Los viajeros ingleses han acelerado la degradacion por su deplorable manía de coleccionar, y en muchos sitios han destruido todo un fresco para llevarse una cabeza. Estas excavaciones no son obra de una sola época: las mas antiguas parecen contar de mil novecientos á dos mil años, y las mas recientes datan sin duda del octavo ó noveno siglo.

A los pocos dias de exploracion regresé á Aurrungabad y Pounah, y el 26 de febrero volví por tercera vez á la isla de Bombay.

#### IV

##### EL KONKAN SEPTENTRIONAL

Bassein, la antigua ciudad portuguesa.—La via férrea y las castas.—Surate.—Las plantaciones de algodoueros.—Broach.—Las minas de cornerina de Ratampur.

Hácia mediados de mayo volví á ponerme en camino para dirigirme al norte de la India: dos caminos se me ofrecían: el mas corto, por Indore y Gwalior, habíamle seguido ya varios viajeros; el otro, el del país de los Blsils y del Rajputana, era mas largo, difícil y peligroso, pero no tan conocido. Las descripciones antiguas de Tad y de Heber me prometían tales novedades, que no vacilé en elegir este último.

Un jóven pintor flamenco, M. Schamburg, á quien habia conocido en Bombay, se mostró deseoso de acompañarme, y acepté su proposicion con el mayor placer, pues el conocimiento que ya tenia yo de la India y de sus habitantes me hacia temer el aislamiento en que iba á encontrarme, en medio de países donde son mal recibidos los europeos y donde solo hay un reducido número de ingleses.

Si es fácil atravesar la India rápidamente de un extremo á otro, solo y sin temor mientras se está en las provincias inglesas, y siguiendo las grandes vias militares, ofrece mucha dificultad viajar lentamente cuando se pasa por poblaciones que, sin ser francamente hostiles, miran siempre al extranjero con desconfianza.

El 22 de mayo salí definitivamente de la isla de Bombay: hasta el norte de Salsette me era bastante conocido el país, pues la via férrea atravesaba aquellos magníficos bosques que yo habia visto algunos meses antes en todo su esplendor, y que ya comenzaban á secarse bajo los rayos de un sol ardiente. En la punta norte de la isla hay un magnífico viaducto de hierro que franquea el estrecho de Ghora Bandar, dominando un horizonte magnífico; por un lado se desarrolla el majestuoso brazo de mar, que va perdiéndose entre orillas cubiertas de bosque y enormes rocas; y por el otro elévase un largo promontorio escarpado, coronado por las murallas de Bassein, que cierra una bahía en cuyas aguas, del mas hermoso azul, se mecen algunas barcas indígenas. Los muros almenados de la antigua ciudad portuguesa no defienden hoy mas que un bosque de cocoteros, entre los cuales descuellan acá y allá las ruinosas torres de las iglesias.

Bassein fué una de las mas florecientes colonias lusitanas: el gran Alburquerque está sepultado allí; pero su tumba ha quedado ya oculta bajo los espinos y los bejucos. Las colinas que hay al rededor de Bassein están sobrepuestas de fortalezas, de castillos y de conventos, los mas de ellos ruinosos. En muchos pueblos del país es todavía importante el elemento portugués.

Mas alla del pueblecillo de Palghur se extienden unas llanuras cubiertas de palmeras en un espacio que se pierde de vista; estos árboles están separados unos de otros por una distancia de veinte pasos, poco mas ó menos, formando así un bosque claro de los mas originales. Los habitantes de los pocos pueblos que allí existen se alimentan del fruto de aquellas palmeras, que les producen tambien un vino de palma cuyo alcohol es muy apreciado.

El camino de hierro es aquí todavía un objeto de curiosidad; á las estaciones acude siempre



una multitud procedente de los pueblos vecinos para contemplar con curiosidad el *hag-ghary* (coche de fuego). Algunos banianos valerosos se atreven á subir al tren; pero es de ver su aspecto de temor cuando los empleados, que no admiten vacilaciones, les empujan y amontonan sin piedad en los coches. Aquella pobre gente se somete con pena, pero sin murmurar, al reglamento de los caminos de hierro de la India, que separa á los hombres de las mujeres con motivo de las castas; y siguen melancólicamente con la mirada á sus compañeras hasta que el empleado las hace entrar en el coche que se halla en la extremidad del tren.

Nos acercamos á Surate: los árboles desaparecen; el suelo presenta un color rojizo y se cubre de plantaciones de algodoueros, que se pierden de vista en el último confin del horizonte; pero las especies, todas ellas de hebra corta, son muy inferiores á las de América. Por todas partes se ve algodón, solo algodón; inútil sería buscar un campo de trigo en aquella inmensa llanura. El campesino habia arrancado sus legumbres para plantar algodón, y en cada una de las estaciones importunaba á los viajeros con preguntas acerca de la guerra de América, país fabuloso del cual no conocia ni aun la posicion.

A eso de las tres distinguimos ya las murallas de la antigua ciudad de Surate detrás de unos grandes árboles, y á poco se detuvo el tren en una estacion monumental. Cerca de ella habia varios *adhunnis*, especie de tartanas de dos ruedas, cubiertas con un toldo y tiradas por esos grandes bueyes de joroba, tan blancos y hermosos, por los cuales adquirió Surate una justa fama. Yo alquilé uno de aquellos vehículos para ir á recorrer la ciudad, en la cual me introdujeron por una brecha practicada en las murallas. Estas son sencillas; no tienen glácis ni fosos; pero son muy altas y gruesas, y están guarnecidas de almenas para los arqueros. Este muro, en parte derruido, ha conservado su pomposo nombre de Alampach ó *Protector de la tierra*; tiene una extension de diez kilómetros y está reforzado con torres redondas.

Surate, cuyo nombre significa la *buena ciudad*, formaba parte en la época de los Tolomeos del gran reino de Son Rachtra, y es uno de los puertos mas antiguos de la costa. Pocos recuerdos conserva de su antiguo esplendor: en 1827, un incendio destruyó mas de seis mil casas, siendo seguido de una inundacion que ocasionó numerosas victimas. El barrio que antes visité era precisamente el que mas habia sufrido: aun estaban las calles obstruidas por los escombros ennegrecidos, y acá y allá elevábanse algunas casas som-

brías, con sus paredes de ladrillo, sus balcones esculpidos y sus columnas de madera, únicos restos de famosos bazares. Hubiera podido creerse que la catástrofe ocurrió la víspera: en toda la ciudad reinaba un aspecto de tristeza que oprimia el corazon; yo lo atribuia al principio al aspecto lúgubre de las ruinas; pero luego supe que el cólera estaba haciendo estragos. Varias procesiones recorrian las calles, paseando las estatuas de los dioses; los templos estaban rodeados de mujeres que llevaban sus ofrendas; y á cada instante pasaban lúgubres cortejos acompañando el cadáver que iba á ser depositado en la hoguera.

¡Con qué satisfaccion aspiré el aire fresco desde los altos muelles que costean el Taptý! El sol poniente doraba las cimas de las palmeras; deslizábase á mis piés el majestuoso rio; y algunos barcos de vapor se balanceaban en medio de una flotilla de *patemars*. A mi derecha está la fortaleza de los nababs, que se destaca orgullosa sobre un anfiteatro formado por terrazas; la parte baja de la ciudad, inmediata al puerto, ha sido reconstruida del todo; los bazares, bastante espaciosos, están muy animados; y las casas contiguas tienen bonito aspecto; pero las calles, muy angostas, son algo oscuras. En las encrucijadas, sin embargo, habia enormes hogueras, cuyas altas llamas iluminaban con siniestro reflejo á la multitud de enfermos que habia alrededor. Cuando se declara el cólera, los indos acostumbran á encender fuego en todas partes para purificar el aire, y á fin de que se puedan calentar los pobres.

Los bazares de Surate me interesaron mucho: allí se venden magníficas sederías y objetos de arte en hierro forjado, con incrustaciones de oro y plata, que merecen bien la reputacion que han adquirido. Los parsis poseen en Surate varios templos del fuego, y constituyen una considerable parte de la poblacion; pero predominan los banianos y los jainas; por las calles se ve á sus sacerdotes con la cabeza rapada y luciendo sus largos mantos; cúbrense la boca con un velo á fin de evitar que se introduzca algun insecto, y llevan en la mano una escobilla para barrer el sitio donde quieran sentarse.

Hay aquí, lo mismo que en Bombay, una casa de refugio para los animales, conocida en la India con el nombre de Pinjrapol. En un vasto granero de este establecimiento se echa todo el grano averiado de los bazares, para mantener á millares de insectos, escarabajos, gusanos, etc.; se permite á los curiosos subir por una escalera para contemplar aquel extraño espectáculo.

Una de las curiosidades de Surate es el cemen-



terio de las antiguas factorías europeas, el cual contiene magníficas tumbas que datan de los primeros años del siglo xvii. Francia posee aun en esta ciudad un campo y una casa medio ruínosa, en la cual podemos enarbolar el pabellón nacional cuando nos convenga; es todo cuanto queda del famoso establecimiento fundado por Colbert.

El 25 por la mañana tomé asiento en el tren que marchaba á Broach, punto situado á cien kilómetros mas al norte. El terreno, siempre llano y sin árboles, está ocupado todo por las plantaciones de algodóneros; es el distrito que produce la especie *Fair Broach*.

Hacia la estación de Uncleysur está el terreno cortado por barrancos, á causa de las frecuentes inundaciones del Nerbuda, que se debe franquear mas allá de Broach. Este río es, despues del Indo, el mas importante de los tributarios del mar de Oman; baña el centro de la India y constituye el límite entre el Indostan y el Dekkan; viértese en el golfo de Cambaya, á pocas millas de Broach, y su lecho tiene delante de esta ciudad mas de tres kilómetros de anchura.

La Compañía ha construido sobre este río un magnífico puente todo de hierro, con sesenta y cinco columnas triples, de una altura de veinte y cinco metros sobre el nivel medio de las aguas, que con el monzon se elevan rápidamente.

Broach es la antigua Barygaza, citada por Arriano y Tolomeo; fué una de las primeras puertas abiertas á los griegos por los tratados que concluyeron con los reyes de Son Rachtra y del Konkan, y se asemeja mucho á Surate. Lo mas curioso que hay en Broach es el Chandi Musjid, ó Mezquita de Plata, que contiene los mausoleos de los nababs; uno de ellos está cubierto de láminas de plata, que han valido á todo el edificio su pomposo nombre; tambien hay allí algunos sarcófagos de mármol blanco, ricamente cincelados, sobrepuestos de doseles de terciopelo.

Las famosas minas de cornerina de Ratampur se hallan á veinte y nueve kilómetros al este de Broach. Hasta llegar á Soukal Tirth, el camino está cortado por profundos barrancos que han abierto las aguas, y desemboca por último en una llanura bien cultivada. El citado pueblo, situado á orillas del Nerbuda, encierra magníficos templos, de los mas frecuentados por los devotos de la provincia. Muy cerca de allí elévase el famoso *Kobira bar*, el mas añoso y grueso banyan de la India. Segun la tradición, fué plantado por el sábio Kabira mucho antes de la era cristiana; merced al continuo crecimiento de sus ramas, llegó á cubrir una circunferencia de mil metros; pero un huracán arrancó una considerable par-

te á principios del siglo, y hoy ha quedado reducido el espacio á seiscientos. El tronco central desapareció hace mucho tiempo; es tan intrincada la espesura que forman el ramaje y las hojas, que no se penetra fácilmente bajo aquella bóveda fantástica. En el suelo, húmedo y esponjoso, hormiguan las serpientes y escorpiones, y entre el follaje hay una verdadera nube de vampiros. Este árbol es por sí solo una pequeña selva virgen.

En la opuesta orilla del Nerbuda hay una extensa llanura cubierta de arena muy fina que entorpece la marcha de los caballos y cubre todo el terreno hasta el pueblo de Minawara, á diez kilómetros mas allá. A medida que avanzamos vemos diseminadas en el suelo muchas ágatas de diversos colores y dimensiones, cuyo número va siempre en aumento, hasta formar casi una capa cerca de Ratampur. Las minas, situadas á pocos kilómetros de esta ciudad, se extienden por la falda de una colina poco alta: numerosas galerías atraviesan una espesa capa de arcilla, en la cual están incrustadas las cornerinas y las ágatas, y miles de indos se ocupan en la extracción. Transportadas á las inmediaciones de la ciudad, estas piedras preciosas se diseminan en los campos para su mejor exposición al sol. Allí se dejan por espacio de ocho ó diez meses á fin de que adquieran un color mas intenso, y despues se recogen y cuecen en vasijas de barro colocadas sobre un fuego cuyo combustible consiste en excrementos de oveja, pues dicese que cualquier otro no sirve para el caso. Las cornerinas pierden entonces su primitivo color negro, tomando un tinte rojo vivo. En el pueblo hay varios establecimientos donde se trabajan estas piedras, formando con ellas bolas, pendientes y otros objetos, que se exportan despues al Africa y á la Arabia. Estas minas se han conservado bajo la dirección exclusiva de los indígenas: las máquinas y los métodos empleados demuestran que los indos son mas laboriosos y emprendedores de lo que generalmente se cree.

El 29 de mayo salí de Broach: á pocos kilómetros de distancia penetra ya la vía ferrea en el territorio de Guicowar, poderoso rey maharata. El aspecto del país cambia súbitamente: á las uniformes llanuras grises sucede una risueña campiña, con la mas rica vegetación; los campos de maíz, de *bajry* (especie de mijo), de cañas de azúcar y de *jowar* (especie de centeno) se pierden de vista. Este distrito tiene fama de ser el mas fértil de la India; los indos le llaman el jardín de Guzarate, que es á su vez el jardín del Indostan. Magníficas higueras y tamarindos contribuyen á la belleza del paisaje; los caseríos se



ocultan entre bonitos jardines, y apenas se distinguen los techos de rastrojo bajo el follaje de soberbias cucurbitáceas. Por todas partes se oye el rechinar de las ruedas de las norias y el canto cadencioso de los trabajadores ocupados en los trabajos de las cisternas. Difícil es formarse una idea de la tranquila satisfacción y alegría que reina entre los habitantes de aquel suelo favorecido; los hombres guían sus arados cantando, y van seguidos de sus mujeres, cuya robustez y buenas formas llaman la atención; y hasta los niños saltan entre los trigos para alejar de las espigas á los loros y otros volátiles.

La estación del camino de hierro está á siete u ocho kilómetros de Baroda, cerca de un pequeño campamento inglés. Por fortuna iba yo provisto de buenas cartas de recomendación, y así es que muy pronto tuve alojamiento, para mí y para los míos, en un espacioso y bonito bungalow, perteneciente á un oficial inglés.

## V

## BARODA

La ciudad y los arrabales.—Tatia Sahib.—Harribakti.—El *sonari* de la Estrella del Sur.—Entrevista con el Guicowar.

Baroda es capital de los Estados de uno de los más poderosos rajás de la India, el Guicowar (véase el grabado de la página 13).

Como mi futuro compañero de viaje, M. Schamburg, no debía reunirse conmigo hasta una semana más tarde, aplacé para entonces mi primera visita al soberano, y á fin de aprovechar los días que faltaban, fui á visitar á varias personas influyentes de la corte en compañía de mi patron el capitán inglés. El camino que conduce á la ciudad es magnífico y atraviesa una deliciosa campiña; los grandes árboles que la bordean tienen muchas ramas mutiladas, en castigo, según me dijeron, del crimen cometido por un loro, que posado sobre una de ellas, infirió un ultraje á la púrpura del príncipe: solo la intercesión de los cortesanos pudo salvar á los mismos árboles.

Pasando á la orilla opuesta del Vichvamitra, por un viejo puente indo que tiene dos series de arcos sobrepuestos, penetramos en estrechas calles donde hormigüea la multitud de tal modo, que necesitamos una hora para llegar á las puertas de la ciudad. Los bazares exteriores contienen por sí solos más de ciento cincuenta mil almas, número mucho mayor que el de los habitantes de la ciudad; casi todas las casas son de madera y de ese pintoresco estilo peculiar de Guzarate; en todas las encrucijadas se ven ídolos y pagodas donde se ostentan banderas de vivos colores.

Por último se abre ante nosotros una gran puerta flanqueada de altas torres redondas; la fachada tiene varias pinturas que representan monstruos y divinidades; los soldados del Guicowar nos presentan las armas y penetramos en la ciudad. Dos anchas calles en ángulo recto la atraviesan de un extremo á otro dividiéndola en cuatro barrios; en tres de ellos están las casas de los nobles y de los ricos, y en el cuarto el palacio del rey. En el punto de encuentro de las dos vías elevase un inmenso pabellón cuya base está formada por grandes arcos de piedra y que sostiene una pirámide de madera con varios balconillos, coronada de un enorme horario. En cualquier sitio que uno se halle tiene siempre á la vista aquella torre monumental, con sus pisos pintados de distintos colores, muy semejante á las pagodas de la China.

Bajamos del coche delante del palacio de Tatia Sahib Kilidar, yerno del Guicowar.

Mi compañero se aventuró sin la menor vacilación en una oscura escalera, casi perpendicular, y tan angosta que tocábamos las paredes con los codos; en la cima había una especie de pesada trampa que abrió un criado y que volvió á cerrarse detrás de nosotros. Mi compañero, el oficial inglés, me explicó la causa de haberse adoptado aquel género de arquitectura: los nobles maharatas, simples hijos de campesinos, que habían llegado al país como usurpadores, convirtieron cada cual su palacio en una fortaleza de difícil acceso; y más tarde, las continuas disputas con el soberano les obligaron á persistir en una medida de precaución que les preservaba del puñal de los asesinos. La escalera termina siempre en un cuerpo de guardia, de modo que la sorpresa es imposible. Un hombre solo defendería fácilmente la entrada contra ciento.

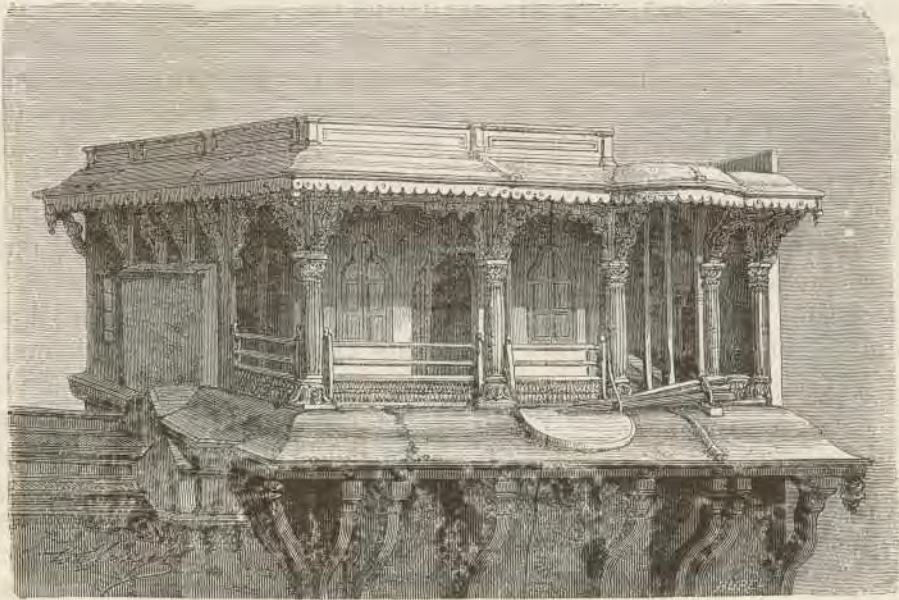
Cruzamos por grandes habitaciones, espaciosos patios y un laberinto de corredores: la casa parece llena de soldados y guardias de la escolta del kilidar, asemejándose más bien á un cuartel que á un palacio; unos juegan á los dados; otros cantan acompañándose con un laúd, y no pocos duermen sobre los tapices. En cada piso nos recibe un *ugier* que con su bastón de plata nos indica el camino, y al llegar al quinto nos hallamos en un inmenso terrado que cubre todo el palacio, y al rededor del cual hay varias elegantes habitaciones precedidas de galerías con columnas. Contrariamente á los europeos, que destinan siempre los pisos superiores para su servidumbre, el dueño del palacio ocupa aquí siempre la parte más alta, que dicho sea de paso, es la más fresca y agradable. Fuera del alcance de las emanaciones de los bazares, las habitaciones reciben



libremente el aire, mientras que los terrados, bien protegidos de los ardores del sol por varias tiendas de lona, y perfectamente estucados, trasformanse en vastos salones.

El kilidar es hombre de veinte y cinco á treinta años y el mas perfecto tipo del maharata que yo he visto; su busto, desnudo y bronceado,

ofrece perfectas formas; sus facciones, finas y distinguidas, llaman la atencion por su belleza; pero en su fisonomia hay cierta expresion feroz; por mas que sus grandes y negros ojos siempre en movimiento, los abundantes bucles de su cabello, y los collares de perlas que adornan su pecho le comuniquen cierto aire afeminado.



Pabellon de la reina en el palacio de Baroda.—De un cróquis del autor

Hablé largo rato con el kilidar sobre Europa, del objeto de mi viaje y de mis proyectos.

Una gran dama inda, viuda del tesorero real Harribakti, que se complacia en alternar con la alta sociedad europea, se dignó recibirnos. ¡Raro es en estos paises poder penetrar en la casa de una gran señora de considerable fortuna y elevada casta! Las reglas del *zeuanah* (harem) son tan severas, tan arraigadas están las preocupaciones, que las mismas viudas no se atreven por lo regular á traspasar el *pardah* (cortina), palabra con que se designa en la India la vida del harem.

La viuda Harribakti nos recibió en un salon colgado de damasco y lleno de magnificos adornos. Cubierta con un ligero velo de seda de color de rosa, y reclinada sobre uno de los coginetes de terciopelo, brillaba en medio de todas sus riquezas, pues en su traje estaban sembradas con profusion las pedrerias y el oro, que realzaban singularmente la notable hermosura de la dama. Al entrar nosotros incorporóse lentamente, y despues de ofrecernos su mano, invitónos á sentarnos á su lado. Su dulce voz comunicaba al expresivo idioma indo una armonia particular. Dirigíome muchas preguntas acerca de Paris, de las costumbres francesas, y en particular de los

trajes de las señoras. Mis respuestas excitaron mas de una vez su hilaridad; pero nada le admiró tanto como el hecho de que nuestras damas pudiesen resolverse á pasear á pié por las calles y sitios públicos. La animada conversacion de aquella mujer, que versaba sobre diversos asuntos, y las palabras inglesas que usaba á cada momento, me hicieron comprender que tenia cierta educacion, nada comun entre las paredes de un *zeuanah*. Invitóme amablemente á repetir mi visita, y ofrecióme por su propia mano el *pansopari*, mezcla de betel que es costumbre ofrecer á las personas distinguidas cuando se retiran despues de una entrevista: esta mezcla es poco agradable de mascar la primera vez; pero pronto se adquiere la costumbre; el dueño de la casa vierte tambien agua de rosa sobre las manos y la barba de los que van á verle.

Al dia siguiente 11 de junio, escribí al Guicowar para anunciarle oficialmente nuestra llegada, solicitando una entrevista; y en la tarde del mismo dia me contestó verbalmente por medio de su secretario, un *kayeth* muy diplomático que hablaba perfectamente el inglés. El rey nos enviaba sus *salams*, invitándonos á presenciar al dia siguiente un *sowari* ó gran parada. Al efecto



habia mandado preparar un sitio desde donde pudiéramos ver bien toda la ceremonia, dando además orden para que pusieran un elefante á nuestra disposicion, con su acompañamiento correspondiente, mientras permaneciésemos en Baroda.

A la hora convenida vino á buscarnos el *kayeth*

Ruttauram: el camino estaba ocupado por una multitud compacta que se dirigia á la fiesta, y no costó poco á los ginetes que escoltaban nuestro coche, abrirse paso á fuerza de imprecaciones y de golpes. En las inmediaciones del rio habia un gentio inmenso y todas las casas estaban engalanadas con oriflamas y banderas.



Lucha de rinocerontes en Baroda.—De un croquis del autor

Jamás he tenido despues ocasion de ver al pueblo indio bajo un aspecto tan risueño y brillante. Hubiera podido creer que me hallaba en la edad media; tan magníficos eran los trajes de aquella multitud que se oprimia al pié de nuestro estrado. Veíanse allí algunos campesinos, con sus enormes turbantes, que cogidos de la mano y expresando la mayor admiracion, seguian á un atleta real, especie de gigante con aspecto de espadachin; sus mujeres, graciosamente adornadas con el velo de seda de Guzarate, y luciendo pesados adornos de oro y plata, deteníanse ante los fakirs medio desnudos que enseñaban ídolos y referian leyendas. Mas léjos formaban animado círculo varios mercaderes y escritores vestidos de blanco, con sus pequeños turbantes de color y el tintero de cobre pendiente de la cintura. En

medio de la multitud del pueblo pasaban y repasaban á cada instante elegantes maharatas con sus trajes bordados de oro y la tizona al costado; buniahs del bazar; pobres dhers medio desnudos y de expresion salvaje, armados de sus arcos y flechas; y alegres bayaderas con su pantalon ceñido, seguidas de varios músicos.

Mas léjos veíanse heraldos de armas á caballo, provistos de sus largas trompetas engalanadas; detrás aparece un caballero con traje de terciopelo adornado de pedrerias, y ostentando en la frente una diadema de diamantes, oculta en parte por la toca; hace caracolear á su brioso corcel, ricamente enjaezado y ábrese paso entre la multitud: es algun jóven noble que se dirige con su séquito al palacio para ocupar su puesto en el *sowari*. De vez en cuando pasan elegantes *rutts*



(coche indio), sobrepuestos de ligeras cúpulas doradas, de las cuales penden cortinillas de seda, y tirados por cuatro bueyes blancos con los cuernos dorados y la joroba pintada de azul: son los trenes de las damas de la corte, que van á situarse en el sitio destinado de antemano para ver la ceremonia. Las cortinillas se descorren algunas veces, pero tan discretamente, que solo se ven dos hermosos ojos de dulcísima mirada. Varias esclavas jóvenes, vestidas de color de rosa, se cojen á los estribos de los coches de sus señoras, cuyo lugar ocuparán tal vez mañana.

Las escenas varían á lo infinito: de pronto se ve una hermosa girafa cubierta de ricos adornos, que conduce á través de los bazares los servidores del Rey, y la cual excita á su paso la admiración de la multitud, expresada por exclamaciones capaces de espantar á un animal menos tímido. Por todas partes producen tan inmenso rumor los gritos, los cantos y la música, que la mas ruidosa fiesta parisiense parecería silenciosa junto á la que ahora presenció. No me cansaba de contemplar aquel espectáculo tan nuevo para mí, que excedía á todo cuanto pude figurarme. Ruttauram, que observaba mi admiración, repetíame sin cesar: «¡Esto no es nada, Sahib; el *sowari* del Guicowar es el que os parecerá hermoso!»

Por fin llegó la procesion tan impacientemente esperada; los soldados despejaron la vía, y reinó entre el pueblo un silencio profundo.

En primer término aparecieron las tropas del rajá, mandadas por oficiales europeos, y despues los cuerpos árabes, los escuadrones de caballería maharata, los *purghasis*, los tiradores, los alabarderos, la artillería en dromedarios, y por último unos doce mil hombres del ejército del Guicowar; el desfile duró mas de una hora. Despues avanzó el porta-estandarte real, sentado en un magnífico elefante cubierto de mantas bordadas; llevaba una bandera de paño de oro de mas de doce metros de altura, y á su alrededor agrupábanse varios ginetes, flor y nata de la caballería, los cuales tienen la misión de defender el estandarte durante la batalla. [Armados de largas lanzas y anchos sables corvos, y cubiertas las manos de manoplas de acero, visten con una riqueza inusitada; su justillo de terciopelo carmesí, su calzon ceñido y sus puntiagudos zapatos, constituyen el mas perfecto traje de caballero que sea dado imaginar; los unos llevan un pequeño casco sobre el turbante, y una cota de malla sarracena; los otros sólidas corazas de piel de búfalo con ricos bordados; las puntas de sus lanzas son plateadas, y los escudos de piel trasparente de rinoceronte, tienen adornos de oro. Despues sigue una inmensa banda de tambores de diversas for-

mas y tamaños, desde la gran caja de guerra conducida por los elefantes ó camellos, hasta el pequeño tam-tam, todo lo cual es mas agradable de ver que de oír; y detrás aparecen los nobles y barones del reino. Cada uno de ellos, cubierto de oro y pedrerías, monta un magnífico caballo, cuyo pelaje no se distingue apenas bajo los arneses y las bridas y placas de plata que engalanan al noble animal; todos pasan alternativamente empuñando su lanza y haciendo caracolear á sus caballos á la manera inda; á su alrededor se oprimen los servidores con sus banderas, y los heraldos de armas, que proclaman la gloria y magnificencia de sus señores. Aquel roce de ricas telas, aquel crujir de las espadas y de las lanzas, aquellos intrépidos jinetes con sus briosos alazanes, todas aquellas plumas y banderolas, constituyen realmente un conjunto espléndido junto al cual palidecerían nuestras mas brillantes ceremonias.

La nobleza va seguida por los altos funcionarios del reino, los ministros, los gobernadores de provincia, los grandes sacerdotes y los principales cortesanos. Cada uno de estos personajes va montado en un magnífico elefante, cuya inmensa manta ornada de franjas de oro arrastra por el suelo. Ochenta elefantes, que ostentan iguales adornos, desfilan así con aire grave y majestuoso; los mas presentan en la trompa y la frente fantásticos dibujos, y lucen en la cabeza penachos de plumas blancas: cada dignatario va sentado, con las piernas cruzadas en un rico *haodah* (silla de gala) de plata, y sobre su cabeza forma como un dosel un rico parasol, cuyo grado de riqueza indica el rango que el individuo ocupa en la corte. Esta parte de la procesion es verdaderamente fantástica. ¡Con qué buen gusto se ha organizado la ceremonia! ¡Qué hábilmente se han agrupado aquellos guerreros, aquellos jinetes y elefantes, para imponer á la multitud y herir su imaginación! ¡Con qué acierto se ha ido aumentando esa magnificencia progresiva hasta llegar al rey, el héroe del *sowari*!

Por fin llega el soberano, precedido de su familia, de sus hijos é hijas montados en soberbios elefantes. El del rey es un animal gigantesco; la silla de oro macizo, regalo de la reina de Inglaterra, está cuajada de pedrerías; el coginete donde se sienta el Guicowar tiene ricos bordados. El rey viste una túnica de terciopelo rojo en la cual se destacan con profusion magnificas joyas; y realza su turbante una garzota de piedras preciosas en las que brilla la famosa *Estrella del Sur*. Detrás del Guicowar avanza el primer ministro, cuyo traje iguala en esplendidez al de su señor; á cada lado del elefante van cuatro hombres en los





Acompañamiento del pendon real en el gran sowari de Baroda







estribos; uno lleva el cetro que regaló al príncipe el virey de la India, y los otros agitan abanicos de plumas de pavo real. Entre ellos se halla también el heraldo del rey que á cada minuto despliega una gran bandera de paño de oro, gritando con voz sonora: «¡Hé aquí al rey de los reyes, Khunderao Guicowar, cuyo ejército es tan invencible como indomable su valor!»

La multitud se prosterna hasta que el elefante ha pasado: el animal, completamente oculto bajo sus adornos, parece una montaña de oro deslumbrante de pedrerías, y rodéanle varios hombres, quemando perfumes, cuyo humo azulado comunica á la escena cierto carácter místico.

Poco despues oimos el estampido de los cañones, anunciando que habia llegado el momento de la bendicion solemne; despues volvió á pasar el cortejo en el mismo órden; y hasta las ocho no volvimos al bungalow de mi compañero. Aquella noche me pareció que soñaba al recordar todas las magnificencias del día.

El 16 de junio se presentó Ruttauram para invitarnos de parte del rey á ir á su palacio; subió con nosotros al coche; y una hora despues nos apeábamos delante de la entrada principal, sencilla escalinata de pocos piés de altura, donde se sitúa la guardia escocesa. Llegamos poco despues al inmenso terrado superior, en el cual se elevan por todas partes kioscos y pabellones, algunos de los cuales tienen hasta cuatro pisos. Esta masa de construcciones, situada en la cima de un edificio casi todo de madera, cuyos cimientos están fijos en un suelo húmedo, denota mucha audacia por parte de los arquitectos, y una excesiva confianza por la del rey, pues pudiera suceder muy bien que los térmites hicieran rodar por tierra el imponente edificio.

La superficie que cubre el palacio es tal, que el terrado forma como un laberinto de patios y de corredores, por los cuales me hubiera perdido yo sin un guia: esta es la antecámara del rey.

La etiqueta oriental exige que los visitantes se descalcen á la puerta antes de presentarse al soberano, así como entre nosotros es costumbre descubrirse. Al examinar la coleccion de zapatos que suele haber en la antecámara, entre los que figuran los de punta dorada de un pié de largo y la microscópica zapatilla de seda, un buen cortesano podria indicar el rango, la casta, y hasta la edad de las personas que se hallan á presencia del rey. Nuestra calidad de europeos nos eximia de semejante costumbre, y penetramos con nuestras botas en la gran galería donde el rajá tiene su córte.

Un *chouddar* (ugier), con su baston de oro nos abre paso á través de la multitud de solicitantes,

oficiales y cortesanos, y anuncia nuestra llegada al príncipe, pronunciando las acostumbradas palabras *Maharaj Salam*. El rey se levanta, dá algunos pasos hácia nosotros, y despues de ser presentados por Ruttauram, estréchanos la mano y nos manda sentar á su lado en el ancho banco de madera elegantemente esculpida que le sirve de trono. Este banco es el único mueble de la galería, si exceptuamos el escabel de Bhao Sahib, general en jefe de los ejércitos. Las demás personas, sea cual fuere su rango, se sientan en el suelo, en la postura acostumbrada de los orientales; de modo que es una elevada prueba de consideracion ser admitido en el banco real. Aunque me honraba mucho esta deferencia, hubiera preferido una silla; pero el Guicowar, que detesta los cogines, como invencion afeminada, los ha desterrado de la sala del trono.

Los primeros momentos de nuestra entrevista fueron silenciosos: despues de algunos cumplidos obligados, pidióme permiso para continuar fumando en su pipa, y permaneció como absorto en este interesante pasatiempo; pero lo que realmente hacia era estudiar nuestros semblantes antes de trabar conversacion. Yo le imité en este punto, examinando detenidamente al hombre con quien iba á tratar. Vestia de un modo que contrastaba singularmente con su traje en la ceremonia del sowari; todo su ropaje era blanco, y calzaba á la europea, sin tener por distintivo ningun bordado ni la mas pequeña joya. Es hombre de unos cuarenta y cinco años, de formas robustas y regulares, aunque algo cargado de espalda. Su rostro está tostado por el sol, pero el color natural de su cútis es bastante claro; sus características facciones dan una perfecta idea de este hombre notable, que excesivamente bondadoso en sus relaciones comunes, se distingue por una inaudita crueldad en las demás circunstancias. Su barba, escasa y corta, está continuamente erizada, segun la costumbre de los maharatas, que acostumbran á peinársela al revés para conseguir este objeto; y la cabeza, afeitada casi del todo, no presenta mas que un pequeño mechon en la extremidad de la nuca. Los modales del Guicowar son corteses y afables, aunque á veces algo ordinarios. Este rajá no parece tan inaccesible como los otros, puesto que al contrario de ellos, abre las puertas de su palacio á cuantos quieren presentarle una reclamacion ó poner en su conocimiento algun hecho.

El Guicowar entabló á poco la conversacion dirigiéndome varias preguntas acerca de mi viaje, y le agradó mucho oír que le contestaba en su idioma. Durante las horas que estuvimos hablando, pasó en revista con singular interés todos



los Estados de Europa, haciéndome preguntas acerca de su importancia, sus rentas, su forma de gobierno y sus relaciones entre sí. Parecía estar muy al corriente de los asuntos de Francia, de Inglaterra y de Rusia, y preocupábale mucho el acrecentamiento del elemento moscovita en el Asia central. Las demás naciones le eran desconocidas. En el momento de separarnos me estrechó la mano, expresando el placer que le causaba mi visita; y me inclino á creer que no era esto un cumplido, pues me rogó que fuese á visitarle todas las mañanas mientras permaneciera en Baroda. Habiendo alegado yo como excusa que era muy considerable la distancia desde mi alojamiento á su palacio, anunciéme que estaban preparando una residencia para mí en un punto mas próximo.

El origen y la historia de la dinastía de los Guicowars ofrecen bastante interés. Su nombre Guicowar, que no quisieron cambiar nunca por ningun otro título y del cual se muestran orgullosos, significa en maharati *porquero* ó *vaquero*. Descienden de una de esas familias de campesinos maharatas, que despues del reinado de Aurangzeb se alistaron bajo la bandera de los Peichwas para invadir el imperio mogol. Pillaji Guicowar, antiguo criado, llegó á ser el fundador de la dinastía; y mandaba una parte del ejército de estos príncipes cuando en 1724 se apoderó de todo el reino de Guzarate y de Kattywar, donde reina el soberano actual, Khunderao.

Algunos días despues de nuestra visita nos anunció el rey que ya estaba dispuesta nuestra nueva morada en Moutibaugh. Con este nombre, que significa *Jardín de la Perla*, se designa un elegante palacio de verano situado á corta distancia de los arrabales. Una prolongada línea de edificios de construcción inda, ocupa todo un lado del jardín que contiene muchos árboles frutales y preciosos bosquecillos; numerosas estatuas y surtidores contribuyen á embellecer aquel sitio, y en el centro hay un gran museo que encierra curiosidades europeas.

Nuestra residencia estaba embellecida por todo lo que puede contribuir á que la existencia sea mas agradable en aquel país, la frescura y la sombra, un lujo cómodo y preciosas vistas; teníamos además á nuestra disposición una numerosa servidumbre y una abundante mesa con los manjares mas delicados y los mejores vinos de Europa.

Una vez instalado en Moutibaugh, llegué á ser uno de los concurrentes mas asíduos del palacio; todas las mañanas iba en coche y pasaba algunas horas en compañía del Guicowar. La amistad de que éste me dió pruebas se aumentaba á cada

momento, y todos los cortesanos, atentos á los caprichos de su señor, mostrábanse sumamente obsequiosos conmigo. Entre mis nuevos amigos, uno de aquellos á quien mas apreciaba era Bhao Saib, el favorito del rey; su carácter franco y la estimación de que me daba pruebas, sin la vulgaridad de otros cortesanos, me agradaron en extremo, y así es que llegamos á ser íntimos amigos. Al despertar el rey, por la mañana, llamaba siempre á Bhao, y no abría los ojos hasta que su fiel servidor se hallaba delante de él, « á fin de que la primera persona en quien se fije la primera mirada, segun decia, produzca una impresión agradable; porque de la buena ó mala disposición en que se está por la mañana dependen los asuntos del resto del día.»

El palacio de Baroda no ofrece nada curioso; lo único que llama la atención es su inmensidad. En cuanto á las habitaciones, están adornadas con tanto lujo como poco gusto; los muebles y objetos de fabricación europea contrastan singularmente con las colgaduras y adornos del país. El tesoro real ocupa las grandes habitaciones de gruesos muros, cerradas con puertas de hierro, cuya custodia se ha confiado á numerosos centinelas. Este tesoro es de lo mas magnífico que se puede imaginar en cuanto á pedrerías: allí hay un verdadero río de diamantes, de diademas, collares, sortijas y brazaletes, procedente todo del saqueo de los tesoros de Meywar, de Guzarate y de Malwa, donde se encontraron trajes y mantos bordados de perlas y piedras preciosas, de una riqueza fabulosa.

Entre las alhajas, cuyo valor se cuenta por centenares de millones, hay un collar en el que se ostenta la famosa *Estrella del Sur*, la *Estrella de Dresde*, y otros diamantes de un tamaño notable, siendo por lo tanto la alhaja mas rica en este género que existe en todo el mundo. El tesoro de los Guicowars es célebre en la India, y ningun otro rajá puede rivalizar con ellos por este concepto.

En cuanto á las tropas del Guicowar, equipadas y armadas como los cipayos del ejército inglés, y dirigidas por oficiales europeos, constituyen una fuerza bien disciplinada de quince mil hombres, que comprenden infantería, caballería y artillería; sobre ellos se apoya el ejército irregular, cuya cifra puede calcularse en algo mas de cincuenta mil hombres. Los individuos de uno de los regimientos usan el traje de la guardia escocesa de la reina de Inglaterra, y está montado con gran lujo; una de las baterías, destinada al servicio especial del rey, tiene los cañones de plata, y se la designa con el pomposo nombre de *Dulbadul* ó la *Nube de humo*.





El rey en el gran sowari de Baroda







El Guicowar tiene en su corte muchos bufones, considerados como personajes importantes, y cuyas bromas, á veces de muy mal gusto, alcanzan á todos. Agrupados al rededor del trono, toman por blanco de sus chistes á los nobles que llegan á saludar al rey, y con frecuencia necesitan estos señores toda su dignidad inda para mantenerse graves.

Los bufones hacen mil jugarretas á los cortesanos; les atan una faja ó tiran sus turbantes al suelo; pero hay casos en que el noble ultrajado de este modo se venga mandando asesinar al bufon cuando menos lo espera. En cuanto al rey, si la broma es de su gusto, se ríe á carcajadas; pero siempre en la intimidad de la corte; cuando hay ceremonia ó recepcion oficial, la dignidad del indo se antepone á todo.

Con la multitud abigarrada que llena el palacio se mezclan numerosas y bonitas jóvenes, cubiertas con sus ligeros velos y adornadas de alhajas: son las bayaderas, que tienen completa libertad para penetrar donde se les antoja; llegan hasta el rey, siéntanse en el suelo y hablan con el mayor desparpajo. Este curioso privilegio concedido á las bayaderas es de los mas útiles, pues su presencia compensa un poco la ausencia de las damas, encerradas en su zeuanah.

Llegada la noche, resuenan por todas partes laudes; iluminanse las habitaciones y los terrados, y se forman animados círculos en torno de las lindas bayaderas, cuyos cantos y danzas comunican al palacio un aspecto festivo.

El rey y los ministros celebran entre tanto consejo y discuten sobre los asuntos del Estado, fumando su houkah (pipa).

Por lo que hace á nosotros hasta eso de las diez no regresamos á nuestra soledad del Jardin de la Perla.

## VI

### LAS FIESTAS Y LAS CACERÍAS DEL GUICOWAR

Las luchas de elefantes, de rinocerontes y de búfalos.—Lucha de gladiadores.—Los astrólogos poco complacientes.—La caza á los antilopes—La caza al jabali.—Caza al tigre.—La casa de fieras del rey.

Hácia fines de junio cesaron un poco las lluvias, y el Guicowar aprovechó esta circunstancia para dar principio á la série de fiestas con que se había prometido obsequiarnos: estas se redujeron á varias cacerías, justas y torneos.

La corte de los Guicowars es la única en la India que ha conservado hasta nuestros dias las antiguas costumbres de la Edad media en su primitivo esplendor. El empobrecimiento de su territorio ha obligado á los mas de los otros princi-

pes á suprimir una gran parte del lujo de sus ceremonias, y en algunos Estados ha introducido la influencia inglesa costumbres europeas que se avienen mal con el gusto y el carácter del país.

Las luchas de atletas ó de animales son entre todas las diversiones las que prefiere el Guicowar, aunque le cuesten enormes sumas. De un carácter ardiente y sanguinario, gústale apasionadamente esas escenas palpitantes y crueles en las que siempre pelagra la vida de los hombres. El mismo organiza tales fiestas con una generosidad que raya en extravagancia. Sus parques contienen gran número de elefantes destinados en particular para las luchas, y rara vez pasa una semana sin que se anuncie alguno de estos espectáculos. El elefante, que es de ordinario un animal tranquilo y de carácter dulce, puede llegar á cierto estado de irritabilidad rabiosa si se le somete á un régimen excitante. Cuando se halla en tal situación, los indos le llaman *musth*; entonces basta la menor cosa para que se enfurezca, y acomete indistintamente á hombres y animales. Únicamente los machos sirven para este caso; es preciso alimentarles durante tres meses con azúcar y manteca para que lleguen á ser *musth*.

El maharajah me anunció un día alegremente que estaba ya anunciada una lucha de elefantes, y me acompañó á ver los dos colosos que iban á pelear, en favor de los cuales se habian cruzado ya considerables apuestas.

Los dos gigantescos paquidermos habian sido encerrados separadamente, despues de cargarles de cadenas de hierro de gran peso, rodeando el sitio con una gruesa cerca. Una compacta multitud contemplaba los elefantes, elogiando ó criticando las cualidades ó defectos de cada uno, y el rey iba y venia en medio de sus cortesanos como un simple particular, gesticulando, gritando y haciendo apuestas con sus favoritos; yo le imité tambien, siguiendo el ejemplo general, ó en otros términos aposté en favor del elefante que tenia mas partidarios, pues si yo hubiese tenido que elegir, no habria sabido á cual dar la preferencia.

Al dia siguiente vino á buscarnos en coche á Moutibaugh el montero mayor, Harybadada, quien debia conducirnos al *haghur*, ó arena de los elefantes, situado en el antiguo palacio de los nababs de Guzarate, edificio muy antiguo. Un magnifico pórtico conduce á un gran patio rodeado de construcciones de ladrillo, con revestimiento de piedras esculpidas, cuyo conjunto recuerda el estilo de Francisco I.

Despues de haber cruzado por oscuras habitaciones abandonadas, fuimos introducidos en el



palco del rey, donde se hallaban ya los principales cortesanos, sentados en cogines alrededor del trono y de los sillones preparados para nosotros.

El circo, que dominábamos por completo, tenía la forma de un vasto paralelogramo de trescientos metros de largo por doscientos de anchura; estaba circuido completamente de gruesas paredes, en las que había muchas puertas estrechas para entrar y salir los hombres sin que el elefante pudiera seguirles. En la parte superior de los muros se había construido una gran galería con asientos para el pueblo, siempre apasionado por estos espectáculos; los tejados de las casas inmediatas, y hasta los árboles, estaban ocupados por una multitud abigarrada y ruidosa, como la que asiste á todas las fiestas; y en un alto montecillo se agrupaban los elefantes hembras, que parecían complacerse en la contemplación de aquella escena.

En la misma arena están los dos machos, encadenado cada cual en una de las extremidades. Por un curioso instinto, el elefante *musth* reconoce siempre á su cornac ó guía, y aun en tales circunstancias le permite acercarse. Varios jóvenes, casi desnudos, forman vistosos grupos; son los *salmari wallahs*, que desempeñan aquí el mismo papel que los capeadores en las corridas de toros; llévan solo un ligero turbante de color, y un calzon corto muy ceñido para que no pueda cogerles con facilidad la trompa del animal. Los mas ágiles están provistos tan solo de un látigo de nervio de toro y un velo de seda roja; otros empuñan largas lanzas, y algunos llevan un cohete en la extremidad de un palo, así como tambien una mecha encendida. La misión de estos últimos hombres es la mas peligrosa; deben correr á diversos puntos de la arena á fin de salvar á cualquiera de sus compañeros que se halle en peligro; en tal caso colócanse delante del animal furioso y le lanzan su cohete; espantado, el animal retrocede, y entonces se puede auxiliar al hombre. Sin embargo, no se les permite valerse de este medio sino cuando el peligro es inminente; cualquier error les vale una buena reprimenda, y si por su descuido muere alguno de sus compañeros, se les castiga severamente. Todos estos jóvenes, elegidos de ordinario entre los mas hermosos y de mejores formas, se distinguen por su sorprendente agilidad.

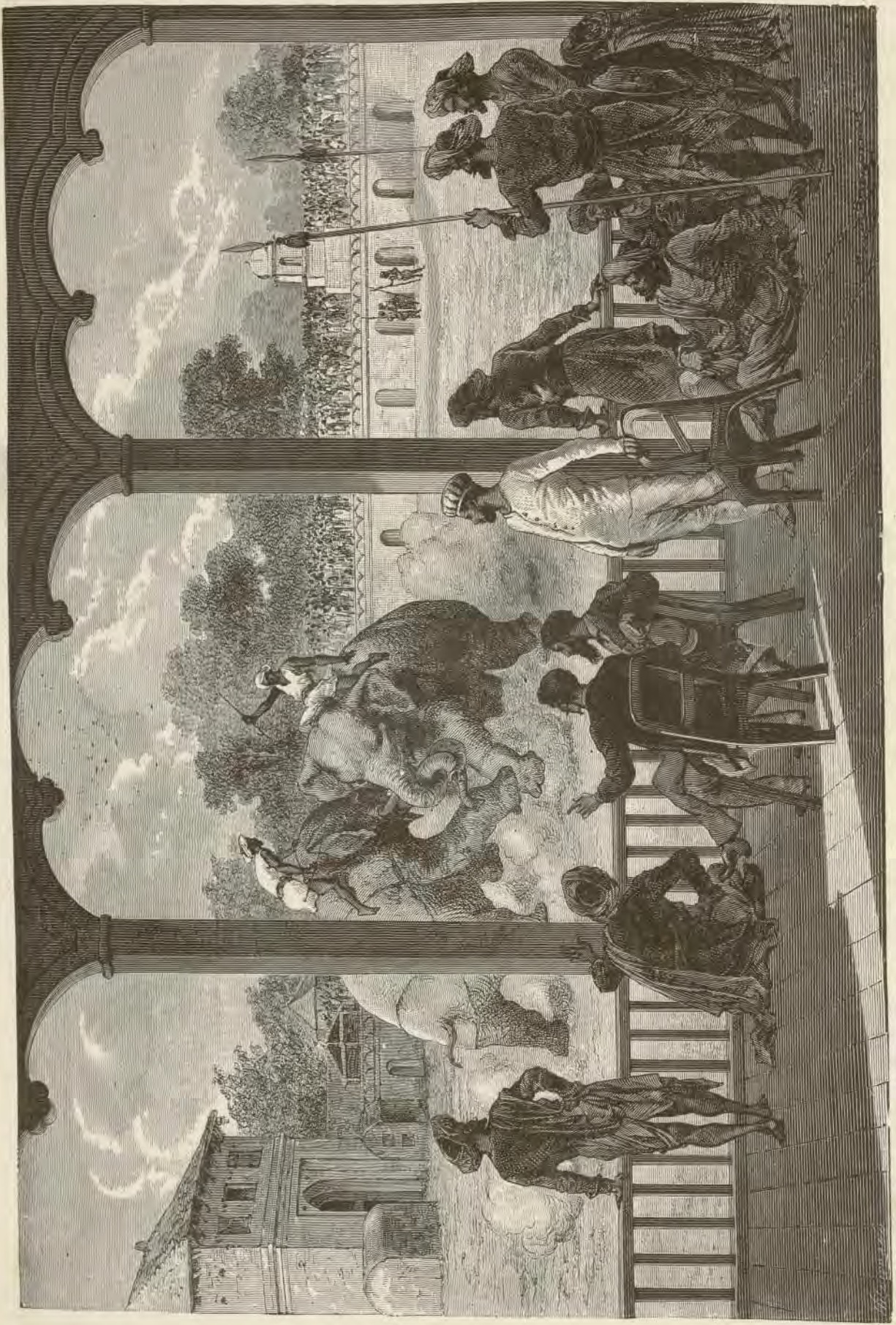
El Guicowar penetró en su palco algunos instantes despues que nosotros, y habiendo tomado asiento entre el montero y yo, dióse la señal y se hizo el despejo. Los cornacs montaron en el cuello de sus respectivos elefantes; soltáronse las

cadenas, y los dos animales se hallaron uno frente á otro. Despues de vacilar un momento, adelantán algunos pasos, rugientes y con la trompa levantada; luego avanzan mas rápidos y encuéntranse en medio del circo. Las cabezas enormes chocan con un ruido formidable, y tal es la violencia del golpe, que sus extremidades delanteras se arquean; cada cual de los dos colosos ve con furor al cornac de su adversario y trata de agarrarle; trábese la lucha; las trompas se enlazan como dos fornidos brazos, y los cornacs deben defenderse algunas veces con sus picas. Durante algunos minutos, los dos elefantes permanecen inmóviles, haciendo fuerza con sus cabezas, hasta que por fin flaquea uno de ellos y comprende que va á ser derrotado. El momento es critico, pues el animal sabe muy bien que para huir debe presentar el costado á su enemigo, que entonces puede atravesarle con sus colmillos ó hacerle rodar por tierra; pero á fin de evitar este percance, reúne todas sus fuerzas, y rechazando vigorosamente á su adversario, emprende la fuga. Entonces queda la lucha decidida; elévase por todas partes estrepitoso clamoreo, y los espectadores se ocupan entonces mas de sus apuestas que de los elefantes.

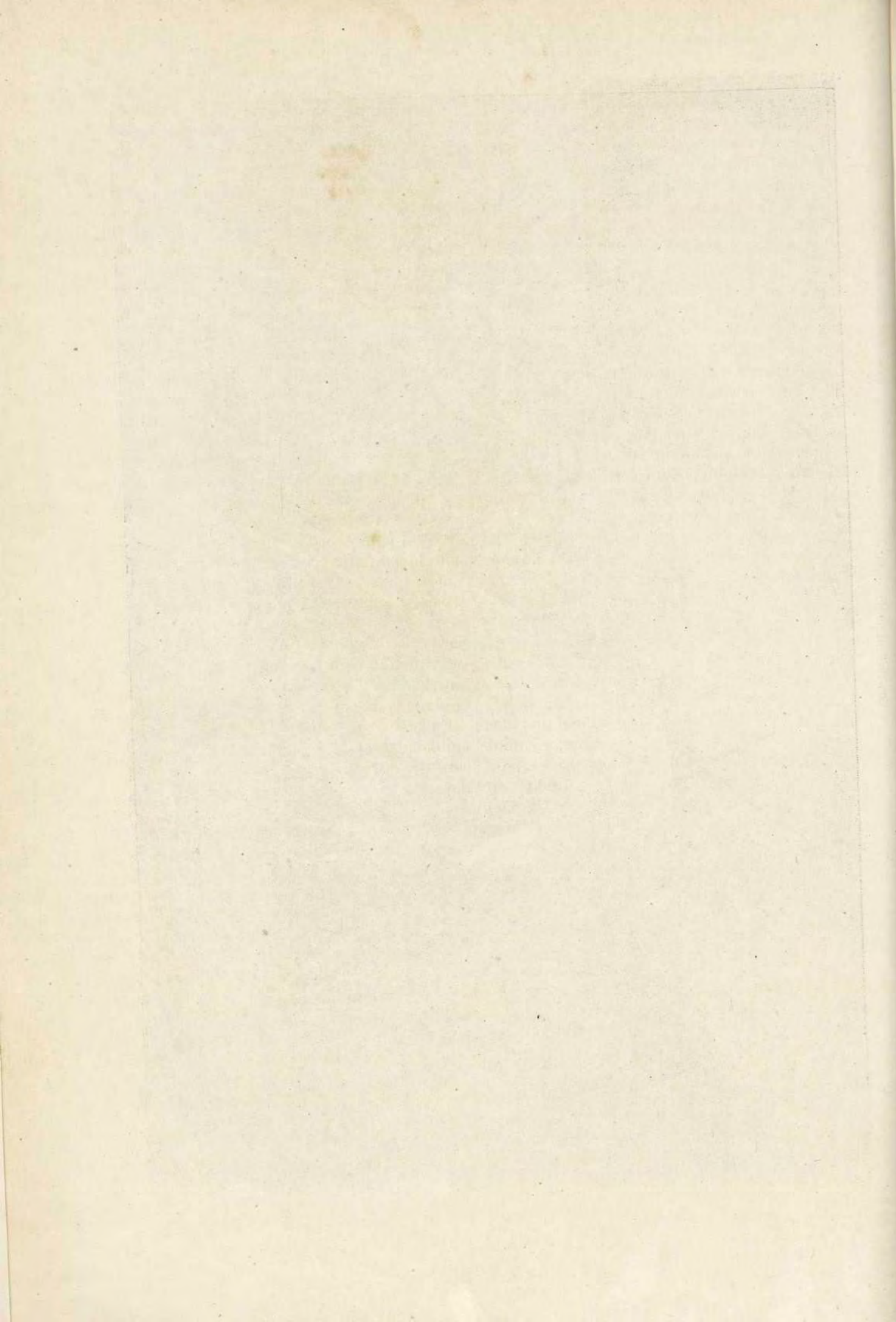
Trátase entonces de llevarse al vencido y dejar el campo libre al vencedor. Para ello preséntanse varios hombres con grandes pinzas de hierro dentadas, cuyos mangos, muy largos, están reunidos por un resorte. Lanzan con singular destreza una de estas pinzas á uno de los piés posteriores del animal; por el efecto del resorte permanece fija; los prolongados mangos se enredan entre las piernas del coloso, y como los dientes penetran á cada paso un poco mas en la piel, el elefante se detiene. Acto continuo, rodéanle y le encadenan, y los mismos hombres le conducen fuera del circo. Una vez solo el vencedor, apéase su cornac, retira la pinza y comienza el *salmari*.

Este es el segundo acto, es decir, la lucha entre el elefante y los hombres. Preséntase en el circo la brillante cuadrilla de jóvenes de que hemos hablado antes: el animal, asombrado ante aquella súbita invasión, permanece un momento indeciso; pero bien pronto recibe un latigazo en la trompa; las lanzas le pinchan por todas partes, y enfurecido entonces, lánzase sobre uno de los agresores. Otro de ellos pasa por delante agitando su velo rojo; el animal le persigue, pero acosado de continuo, cambia con frecuencia de dirección y no coge á nadie. Despues de un cuarto de hora de inútiles esfuerzos, comprende por último su error, y cambiando de táctica espera. Uno de los jóvenes mas ligeros avanza entonces hácia el elefante, descárgale un vigoroso latigazo y salta de











lado en el momento en que la trompa iba á cogerle. Sin embargo, el animal no le pierde ya de vista; ha fijado la atención en su enemigo é insiste en perseguirle; de tal modo que el jóven no tiene mas remedio que salir del circo por una de las puertecillas; el animal, ciego de cólera, choca contra la pared, figurándose tener ya cogido á su adversario, y al reconocer su error patea la arena enfurecido.

En la primera lucha á que asistí, el elefante perseguía con encarnizamiento á un jóven muy corredor, sin perderle un momento de vista á pesar de los lanzazos que le descargaban. Aturdido el jóven, quiso ganar una de las salidas, pero en el momento de alcanzarla, la trompa del animal le cogió por la muñeca, y levantándole en el aire, el elefante lo arrojó contra el suelo; ya iba á levantar su enorme pié para aplastar el cráneo de su enemigo, cuando uno de los jóvenes de los cohetes se precipitó delante del coloso y le cubrió de llamas, lo cual fué suficiente para que huyera lanzando un rugido de furor.

Por fin suenan las trompetas, y los lidiadores desaparecen por las puertecillas: el elefante no comprende aquella fuga repentina y parece esperar algun ataque imprevisto. De pronto se abre una puerta y aparece en la arena un jinete maharata, montado en un soberbio alazan, cuya cola se ha cortado casi á raíz para evitar que el paquidermo tenga una probabilidad mas en su favor. El gigante avanza furioso, levantando la trompa con el fin de aplastar al animal que mas aborrece, aun en sus horas de sosiego; y entonces comienza el tercer acto de la lucha.

El caballo, admirablemente adiestrado, no hace un solo movimiento si no se lo indica el jinete; éste permite al elefante acercarse hasta que casi le toca con la trompa, y solo entonces obliga á su alazan á dar un salto. Despues acomete con su lanza al gigante, tan pronto por detrás como por los costados, y así le hace llegar al paroxismo de la rabia; pero en aquel momento mismo se reconoce la extraordinaria inteligencia del animal. Fingiéndose no hacer ya caso del jinete, déjale aproximarse por detrás, y volviéndose de pronto con asombrosa rapidez, trata de coger á su enemigo, que solo se salva merced á un salto desesperado. Entonces termina el combate, y el jinete se aleja, dejando su lugar á los hombres de las pinzas, á quienes recibe la multitud con gritos y silbidos, y que á duras penas consiguen sacar al elefante del circo. El rey manda llamar entonces al jóven que con su cohete salvó la vida de un compañero, y le da en recompensa una pieza de tela y una bolsa con quinientas rupias.

Hay otro género de lucha que aunque menos imponente no carece de cierta originalidad: es la de los rinocerontes. Habian encadenado en las extremidades opuestas del circo dos de estos animales, pintado el uno de negro y el otro de rojo, para que se pudieran reconocer fácilmente. Al llegar nosotros pusieron en libertad á los dos rinocerontes, que comenzaron á trotar por la arena, lanzando sordos rugidos. Por fuerza debian tener muy mala vista, pues cruzáronse varias veces sin detenerse; pero encontrándose al fin, se acometieron con furor. Apoyando cuerno contra cuerno, hicieron una série de terceras y cuartas, exactamente lo mismo que con una espada, hasta que uno de ellos consiguió al fin introducir su cuerno por debajo de la cabeza, única parte vulnerable de estos animales. El herido vuelve entonces rápidamente la cabeza, á fin de que la punta del cuerno encuentre el hueso de la mandíbula en vez de atravesarle la garganta. En esta posición permanecen inmóviles algunos minutos, sepáranse despues, y uno de ellos emprende la fuga. Por espacio de una hora luchan repetidas veces con creciente furor; sus cuernos chocan ruidosamente, sus enormes lábios se cubren de espuma, y su frente está ensangrentada. Varios mozos les rodean entonces para echarles agua á fin de que se refresquen y continúen la lucha, hasta que al fin hace el Guicowar la señal para que cese el combate (véase el grabado de la pág. 25.)

En las luchas de animales, los búfalos pelean tambien con terrible furor: sus enormes cuernos constituyen un arma poderosa, temida hasta del tigre, y por su agilidad son mucho mas peligrosos que el elefante.

La lucha mas singular que he presenciado en el circo de Baroda fué la que hubo entre un asno y una hiena; y ¡quién lo creería! el primero alcanzó la victoria. Solo la presencia de su enemigo le enfureció de tal modo, que acometiéndole al punto, le puso fuera de combate á fuerza de coces y dentelladas. Cubierto de guirnaldas y de flores, le sacaron del circo en medio de los aplausos de la multitud.

El Guicowar no satisface su afición á estos espectáculos con las luchas de fieras, sino que tiene en su córte un verdadero ejército de atletas, célebres en toda la India. El mismo rey se vanagloria de ser un *pechluhan* ó luchador, y se dedica diariamente á sus ejercicios. Todas las mañanas, despues de sus abluciones, se dirige al terrado del palacio para luchar con uno de sus gladiadores.

Como verdadero aficionado muéstrase muy celoso de su destreza, y se enojaria mucho si el



luchador se mostrase con él condescendiente; el hombre debe por lo tanto batirse como con uno de sus iguales; pero ha de ser buen cortesano y acabar cediendo la victoria á su señor.

Estos gladiadores se reclutan en todas las provincias de la India; pero proceden principalmente del Pandjab y del país de Travancore.

Dedicados desde su infancia á esta profesion, sus músculos alcanzan un desarrollo extraordinario. El rey mismo les somete á un régimen de vida particular, cuidando de ellos en cierto modo como de sus búfalos y elefantes.

Las primeras luchas debian verificarse el 19 de julio: cuando fuimos al circo encontramos ya al



Bayadera de Baroda.—De una fotografia

príncipe y sus cortesanos, que ocupaban varias sillas al rededor de un espacio bien cubierto de arena. Solo se esperaba que llegásemos para empezar, y apenas nos hubimos sentado, presentáronse en el circo dos hombres casi desnudos, de formas hercúleas, que comenzaron por saludar al rey. Colocándose despues en el centro de la arena, enlazáronse con los brazos fraternalmente. La regla de la lucha es que uno de los combatientes derribe á su adversario de espalda ó le obligue á declararse vencido; cuando el uno tiene al otro agachado, y no puede, sin embargo, hacerle caer del todo, le retuerce la muñeca y trata de rompérsela; este pide entonces gracia; pero el ardimiento de ambos es tal en aquel momento, que con frecuencia prefieren sufrir el dolor mas bien que declararse vencidos, en cuyo caso se interrumpe el combate sin resultado.

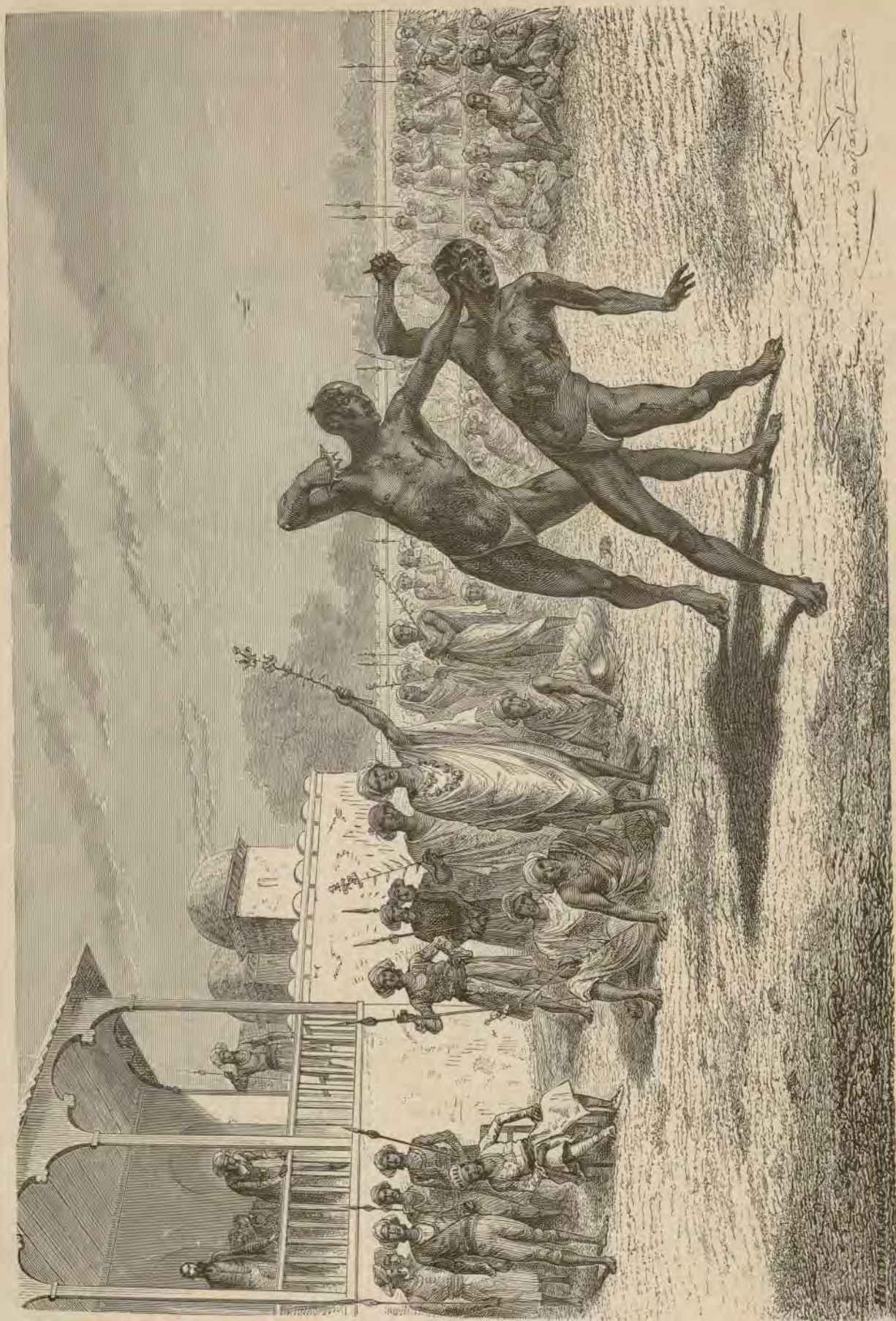
Otra lucha mas terrible, pero que ya no se ve en Baroda, es el *nucki kakousti* (lucha con rompencabezas). Los combatientes, completamente desnudos y adornados de coronas y guirnaldas, se

destrozan con sus armas, resultando siempre la muerte de uno de los dos. Antes se usaban de acero, pero se suprimieron por ser demasiado peligrosas, sustituyéndolas con otras de cuerno, que se fijan en el puño cerrado con correas.

Los luchadores, embriagados con *baug* (ópio líquido mezclado con una infusion de cáñamo), se lanzan unos sobre otros cantando; su rostro y su cabeza se cubren bien pronto de sangre y entonces no reconoce ya límites su frenesí. El rey, con los ojos desmesuradamente abiertos, y dilatadas las venas del cuello, contempla el espectáculo con tal entusiasmo, que no puede permanecer inmóvil, é imita con el gesto los movimientos de los luchadores. La arena se llena de sangre; el vencido es conducido fuera del circo, casi moribundo algunas veces; mientras que el vencedor, con la piel de la frente destrozada, viene á prosternarse ante el rey, quien le pone al cuello un collar de perlas finas, regalándole un precioso traje.

Cierto episodio me repugnó sin embargo de tal





El Nucki-Kakousti en Baroda







tal manera, que sin cuidarme del mal efecto que mi marcha podría producir en el Guicowar, me retiré del circo. Uno de los gladiadores, que solo estaba un poco ébrio, hizo ademán de huir á los primeros golpes; su adversario le derribó, rodando ambos por tierra; y como el vencido pidiese gracia al vencedor, volvióse este hácia el rey para saber si debía dejarle levantar; pero el rajá, dominado por su afición, exclamó: «¡*Maro, maro!*» (¡hiere, hiere!). El cráneo del infeliz quedó destrozado, y cuando sacaron al herido del circo, estaba moribundo. Aquel día distribuyó el rajá entre los vencedores varios collares y dinero por valor de cien mil francos.

El Guicowar es muy supersticioso: durante varios días se privó de salir á cazar porque los astrólogos no habían hallado un momento propicio. Todas las mañanas se reunían los venerables sábios, poníanse sus anteojos, formaban círculo, y aparentaban consultar unas planchas de cobre cubiertas de signos cabalísticos. Al cabo de una hora se acercaba uno de ellos á nosotros moviendo la cabeza, para anunciar al rey con aire melancólico que los augurios no eran favorables. Procedían de este modo con alguna intención que yo no podía explicarme; pero en mi concepto, la broma era algo pesada. Por fortuna se mostró el rajá tan contrariado, manifestando tal deseo de seguir mi consejo, dejando á los astrólogos y sus cálculos, que se obtuvo el permiso al día siguiente.

A primera hora de la mañana se hallaban ya reunidos delante del palacio los elefantes de caza con sus cornacs; varios jinetes iban y venían llevando las órdenes á los pueblos por donde debíamos pasar, y en la multitud de criados reinaba la mayor animación.

El rey montó solo en un elefante; yo ocupé otro con Bhao Sahib; y Schaumburg se acomodó en un tercero con Harrybadada. Formábamos un cortejo de los más alegres, y en último término iban los palanquines con las armas y provisiones de boca. El rey, muy contento por poderse entregar á uno de sus ejercicios favoritos, reía á carcajadas al oír los chistes de sus bufones cuando criticaban á la multitud.

Era el 22 de julio: el aire estaba cargado de un ligero vapor que comunicaba al follaje de los árboles y á la verdura de los campos un vivo colorido; el cielo, ligeramente nublado, nos prometía muy buen tiempo para la primera cacería.

La estación de las lluvias no tiene aquí la misma violencia que en el sud, y exceptuando julio y octubre, en extremo lluviosos, los meses intermedios son como nuestro verano de Euro-

pa. Sin embargo, al salir del pueblo de Benigaum encontramos el terreno tan humedecido por los últimos temporales, que los elefantes se hundían profundamente, y fué preciso abandonarlos. En su lugar nos dieron caballos, y recorrimos así una ó dos leguas hasta llegar á un *nullah* (barranco ó arroyada). El paso de este sitio ocasionó cierta confusión en la gente, y empleamos en él más de una hora. En la orilla opuesta ocurrió nueva dificultad; los caballos se hundían hasta el pecho en el suelo humedecido, y los esfuerzos que hacían para salir, juntamente con el pánico que de ellos se apoderó, sembraron el desorden entre nosotros; de tal modo que varios ginetes rodaron por tierra. Entre tanto comenzó á caer una lluvia muy fina, lo cual bastó para que el Guicowar acabara de incomodarse. Si los astrólogos nos hubieran visto en aquella lastimosa situación, seguro es que hubieran reído de la mejor gana. No podía pensarse en cazar, y solo debíamos ocuparnos de aquel mal paso. Dióse pues la señal y volvimos al terreno sólido.

Para compensar la pérdida de aquel día, el montero mayor organizó por orden del rey una partida de caza á los antílopes, en las reservas de Etola, cerca de una estación del camino de hierro. Antes de nuestra marcha, Harrybadada aseguró que no se renovaría el percance de Benigaum, y que hallaríamos los terrenos en buen estado.

Todo se preparó cuidadosamente, y habiéndose puesto un tren especial á disposición del rey, subimos el 2 de setiembre al coche real, ofrecido al rajá por la Compañía de la línea férrea. Este coche llamaba la atención por su inusitada riqueza y elegancia; tenía colgaduras de brocado, y todos los muebles eran al estilo asiático, elevándose en el centro un trono para el rey, aunque este no le ocupaba nunca.

El Guicowar no tiene gran confianza en los inventos europeos; cuando se aprovecha de un camino de hierro, manda á su favorito Bhao Sahib que suba en la locomotora, figurándose que así quedará su persona al abrigo de todo accidente. Acaso tenga un poco de razón, pues bastaría un maquinista sobornado por conspiradores para enviar al rey y á su comitiva al otro mundo: todos los medios son buenos en este país para el que quiere deshacerse de un enemigo.

Llegamos sin ningún entorpecimiento á la estación de Etola, donde estaba reunida la gente de la escolta con nuestros caballos. Nadie lleva carabina, porque unas bonitas panteras son las que van á cazar por nosotros. Cada uno de estos



animales, echado en un palanquin que conducen cuatro hombres, está sujeto por una cadenilla; tiene la cabeza cubierta con una pequeña capucha de cuero, y permanece muy tranquilo en medio del tumulto que le rodea. Los cazadores, ó mas bien los espectadores de la cacería, figuran en gran número, y por lo tanto se dividen en dos grupos, dirigido uno por el rey y el otro por Bhao; Schaumburg y yo formamos parte del primero y vamos á caballo, seguidos de varios jinetes maharatas y musulmanes que forman una pintoresca escolta.

Avanzamos rodeando á la pantera que va en su palanquin, y por todas partes se divisan manadas de antílopes que nos miran con curiosidad ó emprenden la fuga. Toda la táctica de esta caza consiste en aproximarse por medio de diversas evoluciones á una manada, manteniéndose siempre al viento, pues de lo contrario, los antílopes olfatean muy pronto á las panteras. En cuanto á los jinetes, inspiran poca desconfianza á los inocentes animales, porque estos se han acostumbrado á ver diariamente á los campesinos, y no han oído jamás una detonación.

Cuando el rey lo juzga oportuno, detiéndose la gente; se saca del palanquin á la *tchita* (pantera), y le quitan la caperuza. La fiera permanece un momento inmóvil; despues se dirige rastreando hácia el grupo de antílopes mas próximo, hasta que estos ven á su enemigo; y los cazadores siguen al galope deseosos de presenciar la captura y agonía del antílope. La pantera sujeta la presa entre sus garras, clavando sus dientes en el cuello del animal; acércase un criado, cubre otra vez la cabeza del carnicero, y no sin dificultad le separa de su víctima, dándole en recompensa una escudilla llena de sangre del antílope antes de encerrarle de nuevo en el palanquin.

Lo mas curioso es que la pantera no acomete nunca á las hembras sino á los machos, aunque solo haya uno en la manada.

Despues de varias capturas, la pantera se cansa; pero entonces ofrece mayor interés la cacería, porque sucede á menudo que el antílope macho se defiende valerosamente con sus cuernos y consigue á veces salvarse.

Llegada la tarde, teníamos ya en nuestro poder quince magníficos machos, y habiendo dado el rey la señal de marcha, partimos al galope en busca de Bhao Sahib, quien menos feliz, solo habia cazado nueve antílopes.

En pocos momentos se armaron varias tiendas en una extensa explanada circuida de grandes árboles, desde donde podíamos disfrutar de un magnífico golpe de vista. Los criados del rajá pasaban y repasaban cargados de grandes bande-

jas; ocupábanse otros en descuartizar los antílopes para cargarlos en camellos; y no tardaron en llegar de Baroda los elefantes que debían conducirnos. Los últimos rayos del sol iluminaron aquel animado espectáculo, en que formaban pintoresco grupo los cortesanos, los soldados y los caballos. Despues de comer organizóse la cabalgata; cada cual montó en su elefante, y entramos en Baroda á la luz de las hachas.

Las partidas de caza se prolongaron durante varios días; una de las mas interesantes es la que tiene por objeto perseguir al jabalí, designada por los ingleses con el nombre de *pig-sticking*. Los terrenos de las inmediaciones de Baroda ofrecen las condiciones mas favorables para este género de caza, segun pude ver por mí mismo.

Los cazadores, en número de ocho ó diez, montan caballos adiestrados ya para este ejercicio; sus armas consisten en una lanza corta, con punta de acero muy aguzada, y van acompañados de varios pajes que llevan otras para reemplazar las que se rompen ó pierden.

Los batidores levantan una manada de jabalíes dirigiéndola hácia los jinetes, quienes dan principio á la persecución con lanza en ristre. A menudo sucede que el jabalí atacado, siempre el mas robusto y vigoroso, acomete á los caballos, infiriéndoles terribles heridas con sus colmillos. Cuando se clava la lanza en el lomo del animal, es preciso hacer dar una vuelta al caballo para evitar el ataque del jabalí furioso, y en esto estriba la gran dificultad. Sin embargo, lo mas frecuente es que huya, y entonces deben los cazadores perseguirle por terrenos llenos de obstáculos, donde es difícil lanzarle el venablo.

En cierta ocasion necesitamos mas de una hora para dar fin con un jabalí que estaba acorralado; á pesar de sus heridas, conservaba todo su vigor, y viendo el rajá que la cosa se prolongaba mucho, dió una de esas pruebas de destreza tan apreciadas en el país, que bastan para asegurar la reputación de un hombre. Arrojando su lanza, y quitando uno de los estribos del caballo, inclinóse sobre el cuello de este, y pasando al galope junto al jabalí, cortóle la cabeza de un solo tajo con su sable. Esta hazaña fué acogida con estrepitosos aplausos y gritos de admiración, y durante largo tiempo sirvió de asunto en las conversaciones de la corte.

El 12 de setiembre asistimos á una gran ceremonia en el palacio real, en honor del aniversario del rajá. Este último, vestido de toda gala, y sentado en su trono, recibió los homenajes de los nobles y dignatarios de la corona, cada uno de los cuales, doblando la rodilla, presentaba al





Caza del antilope con la techita, en Baroda







rey un tributo, mientras que los heraldos anunciaban en alta voz sus nombres y títulos. El tributo consiste en varias monedas de oro, colocadas sobre un pañuelo de seda doblado, que el noble coloca en la palma de la mano. El rey toca el tributo, que es recogido por el ministro, y saluda al cortesano, quien se levanta y vuelve á ocupar su puesto.

El día de la fiesta del rey es costumbre descontar la paga de un día á todos los empleados de la corona, sean quienes fueren, desde el criado de palacio y el simple soldado hasta el ministro y el general en jefe; esta suma considerable constituye el regalo real.

Hacia principios de octubre pareció fijarse el buen tiempo, y aproveché la ocasion que se me presentaba para ir á explorar las ruinas de la antigua ciudad de Champanir, situada en la falda de los montes Vindhyas, á cuarenta y cinco kilómetros al este de Baroda. El capitán Lynch, del ejército del Guicowar, habia organizado una cacería al tigre, invitándonos á tomar parte en ella.

Las llanuras que se extienden entre Champanir y la capital son muy áridas, lo cual parece tanto mas extraño cuanto que el país que las rodea es en extremo fértil. La superficie del suelo forma tal planicie, que á primera vista creeria el viajero hallarse en un inmenso campo de maniobras para la caballería; pero si se avanza un poco, encuéntrase á cada momento profundos barrancos de gran anchura, abiertos por los torrentes que bajan impetuosos de la montaña. Durante la estacion seca, estos barrancos sirven de senda, y se viaja así largo tiempo entre altos declives cortados á pico. Seria muy costoso abrir en estos parajes un camino, á causa de un gran número de puentes que habria necesidad de colocar. En Champanir encontramos las tiendas preparadas y una numerosa servidumbre con varios elefantes que el rey habia puesto á nuestra disposicion. Habiamos acampado á pocos pasos de las altas murallas de la antigua ciudad, cuyo circuito es de unos dos kilómetros. En el interior no hay mas que un espeso bosque sembrado de ruinas; sobre el follaje se destacan las altas torres de algunos templos admirables, y en algunos sitios, un lienzo de muralla indica el emplazamiento de los palacios. Detrás de la ciudad elevase la magnífica montaña de Pawangurh, coronada por una famosa fortaleza. Era residencia de la corte de los príncipes indos que el rey de Guzarate Mahmoud Shah I derribó del poder en 1480; hoy día pertenece á los maharatas, que tienen una pequeña guarnicion en medio de las ruinas.

Desde el primer día de nuestra llegada marcharon varios *chikaris* (batidores) al bosque, con guías indígenas, para buscar las huellas de algun tigre. La naturaleza del terreno no permitía emplear elefantes, y como yo no tenia el menor deseo de encontrarme frente á frente con una de las terribles fieras, se dispuso un acecho en un árbol. Para atraer al tigre á este sitio, se ató un buey en un arbusto próximo; y como al día siguiente se encontrara solo su esqueleto, resolvióse dar principio á la cacería aquella misma tarde.

A eso de las cuatro de la tarde estábamos ya en nuestro árbol, Lynch, Schaumburg, Tatia y yo, esperando con ansiedad la llegada del tigre, y fija la vista en el esqueleto del pobre buey que habia servido de cebo.

Cerró la noche rápidamente, y bien pronto nos ocultaron sus tinieblas la espesura; el menor ruido nos estremecía, y á cada momento esperábamos ver brillar los ojos de la fiera; pero solo llegaron algunos chacales en busca de la presa, á los que alejamos sin dificultad.

Jamás olvidaré aquella noche que pasé acurrucado en un árbol, temblando de frio y de fiebre. Por fin aparecieron los primeros albores de la aurora, y perdida la esperanza íbamos á volver al campamento, cuando uno de los *chikaris*, apostado en un árbol vecino, nos hizo una seña. A los pocos momentos oímos crujir el ramaje, y divisé al tigre tan esperado. Avanzaba lentamente y con precaucion, cual si temiese una emboscada, y apenas hubo dado algunos pasos por el claro, hicimos fuego casi simultáneamente. Detívose el tigre como asombrado y permaneció inmóvil algunos minutos; una bala le habia roto una de las extremidades posteriores, penetrando otra en el costado; el animal debia estar gravemente herido; pero vimosle dar un salto y desaparecer en la espesura.

Los *chikaris* bajaron de sus árboles para perseguir á la fiera, y nosotros les imitamos; pero yo tenia las piernas tan entorpecidas, que apenas podia andar. Numerosas manchas de sangre indicaban la línea que habia seguido el animal, y á poco nos detuvieron los batidores, indicándonos la espesura donde acababa de refugiarse el tigre. El capitán disparó su carabina en aquella direccion; y enfurecida la fiera por la persistencia de nuestro ataque, salió al punto de su retiro, dirigiéndose hácia nosotros con las orejas agachadas y la boca desmesuradamente abierta. A pesar de sus heridas, el tigre daba saltos enormes y tenia algo de majestuoso su creciente furor; pero no era aquel el momento mas oportuno para hacer reflexiones; cuando el animal estuvo á



veinte pasos de distancia, Taita hizo fuego y le introdujo una bala en el costado, pero sin que esto bastara para detenerle; entonces apunté yo cuidadosamente á la cabeza y oprimí el gatillo. El efecto fué instantáneo; el tigre saltó por el aire y cayó en el suelo sin vida. Para mayor seguridad se le dispararon otros dos balazos, y entonces nos acercamos á la víctima mientras los indios gritaban: «¡Bag mahrqaya!» (¡el tigre es muerto!) Era un magnífico animal de siete ú ocho años, que no media menos de nueve piés desde el hocico á la extremidad de la cola.

Este fué el único tigre que matamos en los diez dias que duró la batida; pero cuando entramos en Baroda llevábamos además tres magníficas panteras y un botín considerable de otra caza.

El Guicowar posee varias casas de fieras que contienen una magnífica colección de animales: allí hay leones de Kattywar, tigres de todas especies, panteras y osos. Estas fieras están debajo de un gran cobertizo y atadas simplemente á un poste por medio de una larga cadena; de modo que el visitante debe andar con precaución, y aunque los hierros son sólidos, no se está muy tranquilo entre tan terrible compañía. A la puerta hay una pantera negra; de modo que para poder entrar ó salir es necesario que uno de los guardianes recoja un poco la cadena; el animal se agita entonces como un dogo furioso para lanzarse sobre el que pasa, y es preciso cruzar con ligereza.

En otro departamento están las *tchitas* y los lince domesticados para la caza, á los cuales sacan á pasear todos los dias por los bazares. El lince indio es un magnífico animal que se asemeja mucho al perro por la talla y la forma del cuerpo; la cabeza es mas fina, y las orejas terminan por un mechón de pelos largos; el pelaje es de color leonado en el lomo y blanco en el pecho.

En un pabellon especial están los halcones y los milanos adiestrados para la caza de aves, que se practica como en Europa durante la Edad media.

## VII

### LOS PLACERES DEL REY.—LOS ALREDEDORES DE BARODA

Los placeres del Guicowar.—El suplicio del elefante.—Fiesta del *Dassara*.—La casa de los fakirs.—Las murallas de Dubhog.—El *Divali*.—Salida de Baroda.

Dueño de un país de excepcional riqueza y admirablemente situado, el rey de Baroda ha sido naturalmente objeto de los mas vivos ataques por parte de la prensa anglo-india, que ha hecho

cuanto le ha sido posible para inducir al gobierno imperial á desposeer á Khunderao. Las costosas excentricidades del Guicowar son infinitas; todo cuanto es nuevo hiere su fantasía. Cuando se encapricha por los diamantes, por ejemplo, sus emisarios recorren todas las joyerías en busca de las piedras mas preciosas y raras. Llega un dia en que le da por las palomas, entonces reúne en su palacio hasta sesenta mil pares de las especies y plumajes mas variados, y pasa mañanas enteras en hacerlas volar á la vez, ó bien imagina el casamiento de dos de estas aves, organizando una ceremonia en que ostenta un lujo extravagante. Yo he presenciado una de ellas, la mas curiosa que imaginarse puede: las dos palomas, engalanadas con collares, fueron conducidas por pajes al terrado del palacio, que se habia engalanado vistosamente. El rey y los cortesanos, luciendo sus trajes de gala, se habian situado al rededor de los brahmas, quienes recitaban los himnos de costumbre. El rey dotó á las aves con una suma considerable, la cual guardaron sin duda para sí los sacerdotes que habian aconsejado la ceremonia; y terminó la fiesta con danzas, un gran banquete é iluminaciones.

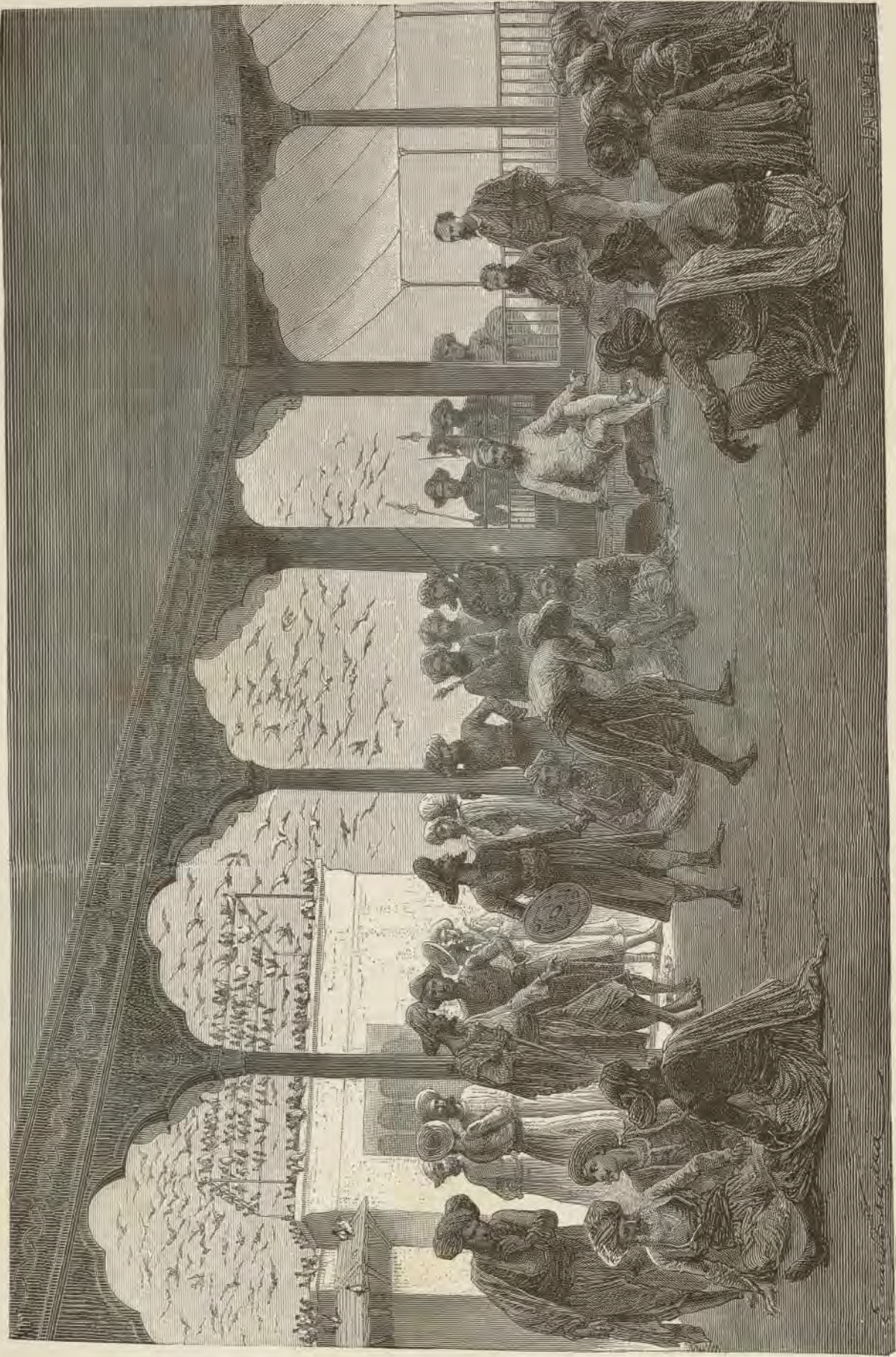
El desenlace fué sin embargo imprevisto, pues un enorme gato que rondaba por el palacio aprovechóse del desórden y se apoderó del desgraciado novio, dejando á la viuda inconsolable.

A este capricho sucedió una afición decidida á los *bulbuls*, preciosos pájaros que se pueden considerar como los ruiseñores de la India; su plumaje presenta bonitas manchas; la cola es en parte de un rojo vivo; y tienen en la cabeza un pequeño penacho de plumas movibles que les comunica cierto aire provocador. Lleváronse al palacio mas de quinientos *bulbuls*, y durante un mes no se ocuparon mas que de aquellas aves el Guicowar y sus cortesanos. Al cabo de este tiempo se dió una batalla entre estas aves; muchas de ellas pelearon con furor, y pereció un considerable número.

Poco tiempo despues ocurrióle al Guicowar reunir á su alrededor todos los santos hombres que pudiera encontrar. Los religiosos no escasean en este país, y así es que en poco tiempo obtuvo el rey una colección completa de *goussains* indos y de fakirs musulmanes. Complaciase en tratar á estos hombres régicamente, vistiéndolos de telas preciosas y tratándoles con la mayor consideración y respeto.

Uno de estos santos hombres tenia la facultad de sumirse de tal modo en su meditacion, que parecia insensible á todas las emociones ordinarias: sus ojos quedaban fijos, sus miembros inmóviles, y aunque se disparase un pistoletazo





La corte del Guicowar, rey de Baroda







junto á él, no daba señales de haberlo oído. El rey le habia encontrado en un estercolero in-mundo al pasar por uno de los arrabales de la ciudad, y desde aquel momento rodeóle de toda clase de atenciones y de un lujo extraordinario. Un *sayed* (musulman de la familia del Profeta), que formaba parte de la santa cohorte, enfrió un poco el entusiasmo del Guicowar: habiendo robado la hija de un rico platero, refugióse con ella en Ahmedabad, en territorio inglés; pero habiéndolo reclamado el rey, la autoridad entregó los culpables, que fueron conducidos al palacio.

Jamás he presenciado una escena mas triste: la jóven, de pié y con el rostro descompuesto, sufría las burlas y los insultos de la multitud; y á sus piés estaba el seductor, que habiéndose envenenado para eludir la venganza del rey, se retorcia con horribles convulsiones: todos presenciaban aquel espectáculo con la mayor indiferencia.

Hácia la misma época, poco mas ó menos, el tesoro real se iba agotando completamente por efecto de tan extraordinarios gastos, y sobre todo por la compra de la *Estrella del Sur* y otros diamantes que habian costado mas de seis millones. El rey buscó un medio de llenar sus cofres sin vejar á sus súbditos con nuevos impuestos, y la astucia que imaginó fué tan eficaz como original.

La corrupcion de los empleados de todas clases es una cosa tan natural en los principados indios, que está casi abiertamente reconocida; y se aspira á obtener sueldos insignificantes que no tienen importancia sino por el robo. Ahora bien, ocurrióle al Guicowar que las enormes sumas recibidas así por sus funcionarios se podrían considerar como sustraídas de sus rentas; y en su consecuencia mandó circular la proclama siguiente: «Su Alteza ha visto con sentimiento que la corrupcion se ha introducido en sus administraciones; y deseando que cese pronto semejante estado de cosas, aconseja á los empleados que se dejaron corromper que depositen en el tesoro real las sumas recibidas de este modo desde hace diez años. Considerando Su Alteza semejante restitution como una reparacion justa, olvidará todo lo pasado; pero si alguno omitiese hacer el reembolso en debida forma, procederá en justicia.»

El anuncio produjo un verdadero golpe de Estado en todos los ramos de la administracion; al pronto se gritó mucho, y hasta los periódicos tomaron la defensa de los empleados; pero fué preciso obedecer, y al cabo de quince dias ingresaron en el tesoro unos siete millones de pesetas. El Guicowar me referia el hecho riendo.

Además de sus posesiones de Guzarate, el rey es dueño de casi toda la vasta península de Kattywar, comprendida entre el golfo de Cambaya y el Runn de Kutch. En una parte de este país habita una raza poco civilizada, la de los Waghurs, que vive en guerra contra los gobiernos enviados de Baroda.

Un varon waghur habia resuelto librar á su pátria de la tiranía, asesinando al rey; este tuvo conocimiento de la conspiracion precisamente cuando aquel se hallaba ya en palacio; pero el waghur, avisado secretamente, se arrojó desde el terrado á la calle para escapar del castigo. Por una feliz casualidad, solo se infirió ligeras contusiones, y montando en un caballo que tenia á la puerta, partió á escape. Sin embargo, el rey habia gritado á los guardias que le matasen, y habiendo alcanzado estos al fugitivo, acabaron con él á sablazos. La conspiracion tenia tambien por objeto poner en libertad á cuatro jefes waghurs, encerrados en la prision hacia varios años; los cuatro pudieron escapar; pero los caballeros del rey les dieron alcance juntamente con el hombre que les habia abierto las puertas, cerrajero de la ciudad. El juicio fué corto: á los jefes les cortaron la cabeza delante de las puertas de Baroda; y al cerrajero se le condenó á morir por el suplicio del elefante.

Este suplicio es uno de los mas espantosos que haya podido imaginar el hombre: despues de sujetar con fuertes ligaduras los piés y manos del condenado, le atan á la cintura una larga cuerda, fijando la otra extremidad en las piernas posteriores de un elefante. Hostigado el animal por sus conductores, recorre al trote las calles de la ciudad, y cada uno de sus pasos imprime á la cuerda una violenta sacudida que hace rebotar el cuerpo del infeliz sobre el pavimento. La única esperanza que le resta es morir por uno de estos choques; si no sucede así, despues de haber atravesado toda la ciudad le desatan, y por un refinamiento de crueldad, ofrécnle un vaso de agua. Despues colocan su cabeza sobre un poste muy bajo, y el elefante verdugo se la aplasta con su enorme pié.

En la corte del Guicowar rige una etiqueta muy severa, y solo algunas costumbres curiosas difieren de las que ya conocemos. Así, por ejemplo, está expresamente prohibido á todos estornudar en presencia del rey; el que faltase seria rigurosamente castigado, pues su acto obligaría al príncipe á suspender todos los asuntos hasta el dia siguiente. En cambio se consideran aqui como muy inocentes otros actos naturales que no se dispensan en nuestra sociedad; y si es el príncipe quien los comete, todos los cortesanos



se apresuran á felicitarle. Tambien es de buen tono castañetear cuando el rey bosteza, á fin de alejar cualquier insecto que pudiera aprovechar la ocasion para introducirse en la augusta boca.

Las fiestas del Dassara habian comenzado el 7 de octubre, y llegamos en tiempo oportuno para asistir á las ceremonias mas interesantes. Dicha fiesta, la mas importante del catálogo indo, dura diez dias, y señala el fin de la estacion de las lluvias, así como el principio de las operaciones militares; es la época que los maharatas eligen siempre para invadir los países vecinos ó proseguir las hostilidades interrumpidas.

Los nueve primeros dias, llamados por los indios *Nauratri*, ó las *nueve veladas*, se dedican á la adoracion de las armas y de los caballos; despues de limpiar cuidadosamente las espadas, las carabinas, y los escudos, se colocan en altares que bendicen los brahmas; y se pasean por las calles los caballos, engalanados con guirnalda de flores y banderolas. Ya se comprenderá que este culto está muy bien entendido en un país donde la excesiva humedad del monzon deteriora las armas, ocasionando peligrosas enfermedades á los caballos. Las noches se pasan en regocijos de toda especie, y las bayaderas de la ciudad se reunen en los palacios del rey y de los nobles para bailar.

Esta última costumbre proviene, según la tradicion, de una antigua promesa de Vichnu, que todos los rajás deben observar: «Este dios, dice la leyenda, descendió un dia á la tierra bajo la forma de un hermoso jóven; y habiéndole sorprendido la noche cerca de un pueblo, entró en él para pedir hospitalidad. La primera casa, á cuya puerta llamó, era la de un sacerdote brahman, pues pensó el dios que este acogeria bien á un pobre viajero; pero léjos de suceder así, rechazáronle con dureza. Entonces fué á las casas de los demás y en todas recibió la misma negativa, acompañada algunas veces de insultos. Llorando la crueldad de los hombres, salia del pueblo é iba á dejar la tierra, sin duda para aniquilarla, cuando divisó una luz entre unos árboles; luz que provenia de una misera choza de paja, donde se oian cantos armoniosos. Deseando hacer la última prueba, imploró desde fuera la compasion del habitante de la cabaña; al punto se presentó en la puerta una bayadera, hizo entrar al viajero, dióle un asiento junto al hogar, y comenzó á prepararle algun alimento. Cuando el jóven hubo comido, la bayadera quiso distraerle con sus cantos, y por último le ofreció un modesto lecho. La hospitalidad de la pobre jóven salvó al mundo de su pérdida, y al abandonar la tierra el dios, prometió que desde aquel mo-

mento seria respetada la bayadera y protegida por sus descendientes.»

Los rajás pretenden derivar su origen de Rama, encarnacion de Vichnu, creyéndose obligados por lo tanto, á mantener la promesa de su antecesor.

El décimo dia, ó Dassara, se celebra con una gran procesion, en memoria del triunfo obtenido por Rama en la batalla contra el rey de Ceilan, Ravana. Khunderao Guicowar no deja nunca de poner de manifiesto en esta ocasion todas sus riquezas; y á fin de que la ceremonia sea mas importante, reclama la presencia de las tropas del campamento inglés.

La procesion llegó á una gran plaza donde se habia preparado un altar: el rey se presentó entonces para anunciar á sus tropas que Dios les habia librado aun aquel año de las calamidades de la guerra; despues le presentaron un magnífico búfalo, y sacando el rajá su espada, cortóle la cabeza de un solo golpe, prueba de vigor cuyo verdadero mérito podrá apreciar el que haya visto uno de aquellos animales. En el mismo momento tronaron los cañones, y el pueblo se precipitó sobre la victima del sacrificio, que hecha pedazos un momento despues, debia servir de talisman. Este sacrificio del búfalo se hace en memoria de la diosa Dourga, quien mató en tal dia al demonio-búfalo Maheshasoura.

Durante uno de mis paseos matinales por el bosque contiguo á nuestra residencia, descubrí cierto dia por casualidad un magnífico mausoleo musulman, bastante antiguo. Está construido en todas sus partes con el material de un templo jaina, notable por la elegancia que la dinastía de los Ahmed supo comunicar á sus monumentos mezclando el estilo musulman con el de los indos. Una cúpula central que cubre la tumba está rodeada de otras nueve mas pequeñas; las columnas son en extremo sencillas, y en la sala está la piedra sepulcral, con dibujos muy primorosos. Elévanse alrededor otras columnas rotas en parte y las ruinas de un templo; los grandes árboles proyectan en aquel sitio una sombra deliciosa; las higueras de Berberia, los cactus y las euforbias circuyen las piedras antiguas. Tanto me gustó el lugar que iba todas las mañanas antes de salir el sol; miles de loros habitaban la espesura, y complaciame en verlos revolotear ó huir al mas leve rumor.

Cierto dia me refirió un anciano musulman de barba blanca la historia de aquella tumba. Contiene las cenizas de un santo famoso Allum Sayed, que vivia bajo el reinado de Mahmoud, Shah de Guzarate, hácia 1459. Este sitio es célebre para el pueblo, que le designa con el nombre de



*Ghora-Ra-pir* ó tumba del caballo, porque segun la tradicion, la yegua del santo fué enterrada cerca de allí, debajo de un árbol cuyas ramas están sobrecargadas de pequeñas efigies de caballos, *ex-voto* de los indos.

Hay otro sitio muy curioso, que por estar próximo á Moutibaugh pude visitar con frecuencia; es el *Fakir-kana* ó asilo de los pobres. Todos los que se presentan allí diariamente á ciertas horas son alimentados á expensas del rey. Los brahmanes y los pobres de castas elevadas, que no pueden tomar alimentos preparados por otras personas, reciben arroz y el combustible necesario para cocerle; á los que no están sometidos á semejantes prohibiciones se les distribuye otra comida ya hecha, permitiéndoseles comer en el sitio mismo. Como la caridad de los indos se hace extensiva á los animales, todos los dias recorren la ciudad varios hombres, por órden del rey, para distribuir forraje á los bueyes sagrados, pan á los perros vagabundos y grano á los loros y los pájaros.

El 19 de octubre me puse en camino para visitar la célebre Dubhog, situada á veinte y siete kilómetros al sudeste de Baroda. Es una ciudad muy antigua que contiene, aun hoy, algunos de los mas hermosos monumentos de Guzarate.

Sus murallas, de una longitud de cerca de tres kilómetros, se conservan en parte bastante bien, y son las mas magníficas de este género que yo he visto en la India; se componen de enormes peñascos bien ajustados, los cuales se elevan á mas de quince metros sobre el nivel del suelo, y en el lado interior presentan galerías y columnas, donde se aloja la guarnicion. El plano de las fortificaciones es un cuadrado, en cada uno de cuyos ángulos hay una enorme torre de graciosas formas; numerosos bastiones protegen las murallas, y en el centro de cada lado del cuadro se ve una puerta monumental. Todas estas obras están adornadas con anchas fajas de esculturas que representan animadas escenas y dibujos tan complicados que dificilmente se podrian reproducir.

La parte mas magnífica de estas obras es la puerta del Este, llamada por los indos *Hira Darwaza* ó Puerta de los diamantes, que segun la tradicion, costó mas de veinte y cinco millones de pesetas. Es un edificio inmenso, de mas de cien metros de largo por sesenta de altura, enteramente cubierto de bajos relieves que representan guerreros á caballo, carros, leones, elefantes, etc. En el centro de la ciudad hay un inmenso estanque rodeado de anchas escaleras para bajar hasta el nivel del agua, y muy cerca se ven varios templos indos notables por su belle-

za. Enseñáronme tambien la angosta grieta de una roca, por la cual se esfuerzan los peregrinos en pasar, figurándose así salir de nuevo del seno de la tierra, nuestra madre común, completamente limpios de sus pecados anteriores.

Al ver las obras maestras desconocidas de Dubhog, sentí no poder reproducirlas por la fotografia; y comprendiendo que no me seria posible continuar mis exploraciones con fruto sin el auxilio de este arte, apenas volví á Baroda me ocupé seriamente en aprenderlo, para lo cual envié á buscar á Bombay los aparatos necesarios.

El *Diwali* nos proporcionó otra série de fiestas brillantes, algunas de las cuales sobrepujaban en magnificencia á las que yo habia visto hasta entonces. El *Diwali* ó fiesta de las Lámparas, es célebre por las iluminaciones generales en honor de Lackchmi, diosa de la Abundancia. Se coloca en un altar una moneda de oro ó de plata, á la que tributan todos las mayores muestras de veneracion, lo cual no tiene seguramente nada de extraño, pues en todo el mundo se adora la plata sin necesidad de que la pongan en un altar. Durante el *Diwali* se pintan de nuevo y se reparan todas las casas, haciéndose tambien los balances de cuentas. La fiesta dura cuatro dias: el primero, llamado *Dhan*, se dedica á la Fortuna, y en cada casa se quema un cirio en honor de Yama, el Pluton indio. El segundo es el *Narak* ó Infierno; en este dia es costumbre ofrecer regalos al ama de la casa; el tercero, el *Diwali* propiamente dicho, se consagra á Saraswati, diosa de la Sabiduria: es el primer dia del año indio; las mujeres barren la casa, recogen el polvo en un cestillo, colocan en medio una lámpara encendida, y arrojan el todo á la calle exclamando: «¡Váyanse contigo las penas y las miserias, y comience desde ahora el reinado de Bali (era de la prosperidad)!» El último dia es el *Yama Dewitiya*, en recuerdo de la visita que el dios Yama hizo á su hermana; todos los indos van á ver á las suyas en los gineceos y les llevan varios regalos.

Durante los primeros dias de noviembre, el Guicowar me anunció que la reina, su esposa, deseando ir á tomar los aires del campo, le habia rogado me preguntase si tendria á bien cederle una parte de nuestro palacio de Moutibaugh. La peticion me sorprendió mucho, pues prescindiendo de que el indio no tiene costumbre de hablar de su mujer, creia yo que las reglas del zenauah eran demasiado estrictas para permitir semejante cosa. Por un momento pensé que aquello fuera un lazo; pero de todos modos mandé que pusieran á disposicion de la reina toda una série de habitaciones contiguas á las nues-



tras; y aquella misma tarde tomó posesion de ella una corte de ruidosas jóvenes esclavas, llegando poco despues la misma reina.

Desde aquel dia perdió toda su tranquilidad nuestra encantadora morada; invadieron el jar-

din numerosas jóvenes bonitas, cuyos vistosos trajes constituian un agradable conjunto; los eunucos iban y venian, y todo el mundo observaba nuestros menores movimientos con la mayor curiosidad. Sin embargo, aquella pequeña in-



Fakir portador de reliquias, en Baroda.—De una fotografia

quisicion me permitió averiguar muchas cosas que no hubiera conocido de otro modo. Tuve tambien oportunidad de ver así las damas de la corte, y aun á la misma reina; pero como se habia confiado en mi discrecion, debi justificar esta confianza hasta el fin.

Llegó por fin el 15 de noviembre, y como era preciso prepararme para ir en busca de lo desconocido, recordé su promesa al Guicowar; pero dijome que rehusaba el permiso para marcharme y que jamás le obtendria de él. A causa de los obstáculos que me opuso, y que solo debo atribuir á un exceso de amistad, se pasó todo el mes

de noviembre antes de que terminara mis preparativos; pero el dia 2 de diciembre remiti casi todos mis bagajes á Ahmedabad.

Al dia siguiente fui á despedirme del rey, á quien hallé, como de costumbre, en el terrado del palacio, rodeado de sus cortesanos. Parecia tan conmovido como yo, y solo en aquel momento comprendí la sincera amistad que me habia inspirado el principe, con quien hablé largo rato.

—Pensad en el Guicowar, me dijo, cuando os halleis en esa ciudad inmensa de que tanto me habeis hablado, y donde se debe olvidar todo.



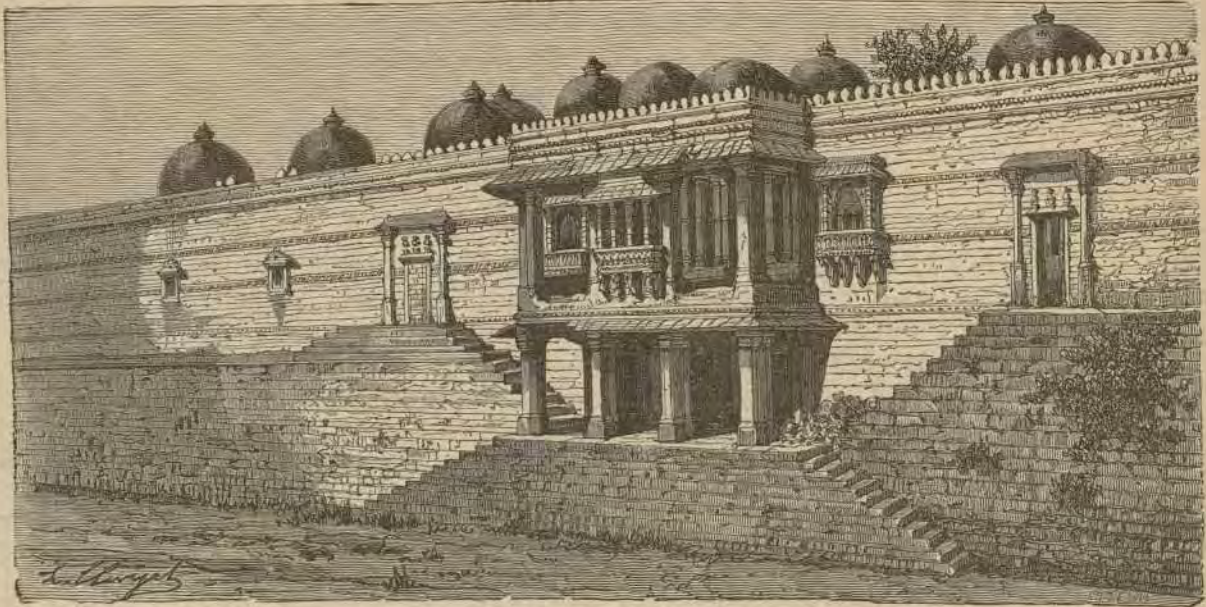
Manifestad á vuestros compatriotas cómo os he recibido, y no me trateis con demasiada dureza al hablarles de mí. Os ruego sobre todo, que os acordeis algunas veces del Guicowar y de su corte, que habian esperado teneros siempre en su compañía, y que os ven marchar hoy con el mas profundo sentimiento.

Despues se presentaron los criados con el regalo real, que el rey me rogó aceptase en memo-

ria suya; era uno de esos regalos honoríficos que no se ofrecen sino á los mas elevados personajes. Mi compañero no fué olvidado tampoco.

Al fin estreché por última vez la mano del príncipe, y todos los nobles me acompañaron al coche. Bhaò Sahib, mi buen amigo, no quiso dejarme hasta llegar á Moutibaugh, donde nos abrazamos con la mayor efusion.

Aun no habia salido de Baroda, y ya se oprimia



Balcon de la gran mezquita de Sirkhej.—De una fotografia

mi corazón al pensar que no volvería á ver nunca aquellos parajes donde tan feliz había sido, ni aquellos amigos que acababan de darme tantas pruebas de bondad.

## VIII

### EL GUZARATE

Los alrededores de Baroda.—Tipo de una ciudad de provincia de Guzarate.—Ahmedabad.—Sus murallas, sus palacios, sus mezquitas y sus tumbas.—Los caballeros rajpoutas y el príncipe Monti Sing.—La mezquita de Sirkhej, antigua maravilla de la India.—La tumba de Chah Allum.

Al salir de Baroda, la línea férrea cruza fértiles llanuras bañadas por numerosos ríos; el suelo, que presenta muchas grietas, parece muy accidentado, aunque el nivel superior esté perfectamente horizontal. En los bordes de aquella profundidad hay varios pueblos, cuyas casas se escalonan pintorescamente en medio de los bosquecillos de tamarindos. Las obras que sirven de apoyo á la vía son de las mas notables que yo he visto; podría decirse sin exagerar que la línea

pasa por un inmenso puente que pone en comunicación á Wassud con Baroda. Esta primera ciudad, casi oculta en los barrancos, dista poco del Mhye, majestuoso río que se franquea por un puente con pilastras de hierro, cuya longitud es de seiscientos metros por mas de cuarenta de altura.

Un poco mas léjos está el burgo fortificado de Neriad, que graciosamente situado con sus murallas almenadas y sus puertas con torrecillas, queda oculto en parte por una línea de árboles; cerca de la estación existe un magnífico estanque rodeado de escalones, sobre el cual se elevan varios terrados ruinosos que cubren kioscos y templos.

Nos detuvimos en la estación siguiente para examinar á Khaira, á vista de pájaro, porque es asaz importante y contiene algunas curiosidades. Un antiguo puente de madera conduce á la ciudad inda, asentada en la confluencia de los ríos Seri y Watruck, y defendida por muros de ladrillo flanqueados de torres. Es el tipo mas perfecto de ciudad de provincia que se pueda encontrar en Guzarate; las calles, angostas y tortuosas, están bastante limpias; las casas, todas de ladri-